

Tratado de Geografía Humana

Daniel Hiernaux

Alicia Lindón

Directores

Og

OBRA GENERAL

ANTHROPOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades

Material protegido por derechos de autor

TRATADO de Geografía Humana / dirección de Alicia Lindón y Daniel
Hiernaux. — Rubí (Barcelona) : Anthropos Editorial ; México : UAM,
Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades, 2006
652 p. ; 24 cm. — (Obras generales)

Bibliografías
ISBN 84-7658-794-5

I. Geografía Humana I. Lindón, Alicia, dir. II. Hiernaux, Daniel, dir. III.
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y
Humanidades IV. Colección
911.3

Primera edición: 2006

© Alicia Lindón Villoria *et alii*, 2006

© UAM - Iztapalapa. División de Ciencias Sociales y Humanidades, 2006

© Anthropos Editorial, 2006

Edita: Anthropos Editorial. Rubí (Barcelona)

www.anthropos-editorial.com

En coedición con la División de Ciencias Sociales y Humanidades.

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México

ISBN: 84-7658-794-5

Depósito legal: B. 50.833-2006

Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial

(Nariño, S.L.), Rubí. Tel.: 93 6972296 / Fax: 93 5872661

Impresión: Novagràfik. Vivaldi, 5. Montcada i Reixac

Impreso en España – *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

GEOGRAFÍA CULTURAL

Federico Fernández Christlieb

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Llamamos geografía cultural a una manera de estudiar el espacio y no a una rama de las ciencias geográficas. Mediante la geografía cultural no sólo se estudian los aspectos culturales del espacio sino también el espacio visto a través de los cristales de las diferentes culturas. Más que un área del conocimiento, es una posición desde la cual observa el investigador. De este modo el espacio, sea boreal o austral, boscoso o desértico, llano o abrupto, urbano o rural, insular o continental, antiguo o contemporáneo, puede ser estudiado con un enfoque cultural. Dicho de otro modo, el objeto de estudio de la geografía cultural no es distinto que el de la geografía a secas. Pero a diferencia de otros, el enfoque que privilegia la óptica cultural intenta mantener unido el objeto de su estudio: el espacio, sin separar los componentes naturales de los sociales. Para el enfoque cultural no hay peor atentado contra la integridad del espacio que el de dividir a la disciplina en geografía física y geografía humana y orientarlas hacia objetivos separados. El enfoque cultural asume que la realidad espacial es compleja y que todo espacio es producto tanto de los fenómenos de la naturaleza como de la actividad de los grupos sociales.

En este capítulo explicaremos cómo se enfocan los problemas territoriales con esta óptica, comenzando por hacer la historia misma de la geografía cultural a partir de las inquietudes decimonónicas de la geografía alemana. Hemos comenzado ahí, en la tradición germánica, porque para adoptar la posición que exige la geografía cultural en sus observaciones hace falta ser romántico. El romanticismo alemán se caracterizó, entre otras cosas, por su curiosidad sobre los pueblos lejanos en el espacio y en el tiempo. Desde el arte y desde la ciencia, el romanticismo se preguntó por la alteridad. Para descifrarla intentó «ponerse en los pies del otro». Hoy en día, esta curiosidad es el motor de la geografía cultural y su método consiste precisamente en tratar de ponerse en los pies ajenos. Una parte de la escuela norteamericana de Berkeley retomó esta idea y con ella se renovó una tradición que duró buena parte del siglo XX. Otras escuelas geográficas han empleado este enfoque hasta nuestros días; de ellas daremos cuenta en la primera sección. En la segunda estableceremos las definiciones básicas y las consideraciones metodológicas que debe tener presentes el investigador según las versiones más actuales de este enfoque. Aquí incluiremos también algunos planteamientos novedosos. Por último, la tercera sección del capítulo comprende una reflexión sobre la especificidad de este enfoque en América Latina, un área geográfica caracterizada por el contacto entre dos universos culturales. Hablaremos de los avances de este enfoque en nuestros países y abordaremos específicamente la aplicación del enfoque cultural para la comprensión del momento en que se da el encuentro cultural entre Occidente y América antigua. Haremos uso de las

definiciones dadas en la segunda parte para abordar un problema histórico fundacional. Sin embargo, no nos quedaremos en el análisis histórico, sino que haremos una breve introducción hacia el estado que guarda la geografía cultural en América Latina.

Los motivos que hacen pertinente un capítulo específico sobre la geografía cultural en un tratado de geografía humana son, al menos, dos. El primero radica en la confusión entre ambos términos e incluso la tendencia que existe, particularmente en los Estados Unidos, de emplear «geografía cultural» y «geografía humana» como sinónimos (Blij, 1998; Norton, 2000: 12); aquí deslindaremos una de otra. Como segundo motivo hallamos el siguiente: muchos especialistas consideran que la geografía humana, que había perdido peso entre las ciencias sociales del siglo XX, hoy se halla en un profundo proceso de renovación gracias al enfoque cultural en Geografía. En palabras del geógrafo francés Paul Claval: el actual «giro cultural nos hace comprender que la cultura no constituye un sector particular de la vida, sino que desempeña un papel en todos los dominios de la Geografía» (Claval, 2001a: 11). De ahí que los coordinadores del presente volumen hayan contemplado este capítulo.

1. Desarrollo histórico de la geografía cultural

Al comenzar el siglo XX, la teoría occidental de la Geografía estaba profundamente marcada por los trabajos realizados en Alemania durante el siglo anterior. Tanto en Francia como en Inglaterra y los Estados Unidos, los geógrafos respondían todavía a los planteamientos formulados por sus colegas alemanes. En este último país se recuperó, después de la Primera Guerra Mundial, parte de la tradición alemana que en Europa parecía tener cierto rechazo. En la década de 1920, Carl O. Sauer, catedrático de la Universidad de California en Berkeley, abrió la línea de la geografía cultural. Es importante decir que Sauer es hijo de inmigrantes alemanes y que buena parte de su formación básica se desarrolló en Alemania, de manera que estamos ante un conocedor de la lengua y de los autores de ese país (Speth, 1999: vii-xiii). Estamos también ante el geógrafo que revitalizó el interés por estudiar áreas culturalmente lejanas desde una óptica romántica. En el trabajo de Sauer se ve un distanciamiento con la geografía norteamericana en boga y una atención a los trabajos de los alemanes Otto Schlüter, Alfred Hettner, August Meitzen, Hermann Wagner, Eduard Hahn y Siegfried Passarge, sin descontar a clásicos como Humboldt, Ritter y Ratzel (Sauer, 1982: 351).

1.1. La sensibilidad del romanticismo alemán

Alexander von Humboldt había establecido que el estudio del entorno permitía descifrar la existencia de relaciones entre la materia animada e inanimada (Humboldt, 2000, t. I: 346). Con el objeto de explicar la diversidad ambiental, particularmente en lo concerniente a las especies vegetales (Capel, 1988: 22-26), Humboldt había introducido el concepto de «medio» (Claval, 1996: 53). Carl Ritter fue quien aplicó dicho concepto a la relación entre la naturaleza y los grupos humanos (Stoddart, 1988: 169-170), mientras que, décadas después, Friedrich Ratzel utilizó estas nociones para explicar la distribución de las diferentes culturas en el ambiente y su movilidad en los territorios (Ratzel, 1987). A él debemos el término *Kulturgeographie* acuñado en 1875.¹

1. Norbert Elias ha profundizado sobre el significado exacto del término *Kultur* en el contexto alemán y sobre el carácter de los alemanes a la luz de su historia como Estado-nación (Elias, 1999: 6-28 y 151-204).

Ratzel, además, respondía a los trabajos del naturalista inglés Charles Darwin quien, en 1859, había publicado *El origen de las especies* y planteado las nociones de «selección natural» y de «supervivencia del más apto» (Darwin, 1985). Con ellas proponía que las especies compiten por el espacio y por el sustento y sólo sobreviven aquellas capaces de adaptarse a las condiciones ambientales a lo largo de las generaciones. Ratzel extrapoló estas ideas y las aplicó a la lucha por el «espacio vital» entre los grupos humanos y, más precisamente, entre los Estados (Ratzel, 1987: 73-115). Al campo de investigación de las relaciones entre sociedad y naturaleza lo llamó antropogeografía y le impuso cuatro tareas: la primera consistía en estudiar la influencia del medio en el cuerpo y espíritu humanos; la segunda en establecer las causas de la distribución de los grupos sociales sobre la superficie terrestre; la tercera en determinar la movilidad de dichos grupos y la última en cartografiar las áreas donde viven los humanos (Claval, 1995: 10-12). Impregnado del espíritu de su siglo, Ratzel quería establecer una teoría científica sobre la ocupación del espacio por la humanidad, es decir, quería establecer una relación causal entre la naturaleza y la sociedad. En realidad, como veremos en seguida, Ratzel privilegió el análisis en una sola dirección: la de la adaptación de los humanos a su medio y la expresión política resultante.

En el tránsito del siglo XIX al XX, la geografía alemana desarrolló la discusión de las relaciones naturaleza-sociedad en ambas direcciones: cómo el medio influía en el hombre y cómo el hombre modificaba las áreas que habitaba. En este panorama, el geógrafo germano-norteamericano Franz Boas resulta un autor clave para entender los estudios que relacionan al hombre y la naturaleza a través del paisaje durante el siglo XX (Speth, 1999: 127-151; Crang, 1998: 101). Como muchos especialistas de esta tendencia, Boas estudió primero las complejidades naturales. Aunque Boas tuvo una sólida formación en geografía, en física y en matemáticas, sus grandes aportaciones fueron realizadas en el campo de lo que hoy conocemos como antropología (Monk, 1964: 7). En su obra más importante, traducida al castellano como *Cuestiones fundamentales de Antropología Cultural*, revela sus reflexiones tras años de estudio con distintos grupos étnicos indicando que cada uno de ellos se ubica a sí mismo en el centro de toda explicación y que la idea de que hay «razas superiores e inferiores» carece de fundamento (Boas, 1964). A esta corriente de la antropología se le llamó «relativismo cultural» y en su fundamento hay una fuerte dosis de romanticismo. Boas, en particular, pugó entre sus colegas por la «tolerancia» hacia otras «formas de civilización» y por el respeto a la diversidad cultural. A Franz Boas debemos, al menos parcialmente, el sentido de compromiso que caracteriza a la geografía cultural.

Siguiendo con la tradición humboldtiana, Hermann Wagner señaló en 1920 la importancia de que la geografía siguiera vinculada al estudio del medio físico. Para Wagner no había duda de que la «geografía es una ciencia natural» (Wagner, 1983: 55). Lo mismo expuso Alfred Hettner en 1927, e incluso se detuvo a criticar la idea de que Ratzel era el padre de la «geografía del hombre», pues cómo podría serlo si en su *Antropogeografía* «subestimaba la importancia del ambiente natural». Hettner concluye que la antropogeografía «floreció sólo después de que la geografía física había creado una sólida base para posteriores investigaciones» (Hettner, 1983: 68). Esta idea de que la geografía no existe sin sus inseparables componentes natural y social fue compartida por casi toda la escuela alemana y de algún modo fue asumida más tarde por Sauer para desarrollar sus métodos de descripción.

Respecto de Ratzel, la escuela alemana de principios del siglo XX hizo críticas como la de Hettner, pero nunca dejó de reconocer sus aportaciones. Wagner señaló que la gran aportación de Ratzel había sido desviar la mirada de los geógrafos de Europa al resto del globo. En consecuencia, Wagner abogaba por hacer «investigación sobre el hombre en general bajo las condiciones de su hábitat natural» en los lugares donde se encontrase y advirtió sobre la importancia de entender, con visión histórica, los procesos locales que modifican el espacio (Wagner, 1983: 54-55). Sauer también recibió este legado y enfocó sus estudios de caso hacia las socieda-

des originarias de América (Sauer, 1970). Para Sauer, había dos cuestiones metodológicas que no debían perderse de vista: la primera consistía en entender al paisaje como un objeto físico y la segunda implicaba hacer, en toda investigación, un riguroso trabajo de campo.

Esta última cuestión la aprendió posiblemente de Franz Boas y, desde luego, de Bronislaw Malinowski. La historia de la antropología considera a Malinowski como el pionero del método conocido como «observación participante», hoy tan socorrido en geografía cultural. A diferencia de los autores que hemos venido mencionando, Malinowski es de origen polaco y su formación la completó en la Gran Bretaña. Tras una estadía de cuatro años en las islas Trobriand, confeccionó el método que consistía en introducirse largas temporadas en una comunidad y dejar que los individuos de ella se acostumbraran a verle hasta tal punto que actuaran de nuevo como si el observador no estuviera. También consistía en trabajar con ellos, en acompañarles en sus jornadas, en participar de sus fiestas y ritos hasta la medida de lo pertinente (Malinowski, 1973). Más adelante volveremos a Sauer y a estas dos preocupaciones suyas.

La geografía francesa también fue sensible a los razonamientos iniciados en Alemania. Dos académicos siguieron con atención estas discusiones metodológicas y estudiaron casos que reforzaron y complementaron la idea del paisaje: el geógrafo Jean Brunhes y el historiador Marc Bloch. Ambos fueron alumnos de Paul Vidal de la Blache y como tales aprendieron a utilizar la noción de «*genres de vie*» (formas —o géneros— de vida), que consistía en contrastar las actividades anuales de los pobladores de una comarca con las variantes estacionales de su ambiente (Vidal, 1994). Como resultado, los alumnos de Vidal podían mostrar cómo se iban conformando los hábitos locales, la manera de trabajar, de descansar, de utilizar herramientas y técnicas y, finalmente, la manera en la que modificaban el paisaje en el que estaban inscritos (Brunhes, 1984: 100-104; Claval, 1995: 23; Trochet, 1998: 6). Bloch, además, estuvo atento a los estudios alemanes sobre la conformación del paisaje rural y vinculó los procesos espaciales con la evolución histórica (Bloch, 1988: 34-41). Ello le valió fundar, junto con Lucien Febvre, la escuela historiográfica más prestigiada de Francia, la de los *Annales*, donde más tarde Fernand Braudel concretaría —como veremos— sus intereses por la geografía (Lacoste, 1988: 171-224). Cabe advertir que la escuela francesa prefirió hablar de «geografía humana» en lugar de «geografía cultural», pero que buena parte de su visión fue francamente compartida con la de sus vecinos alemanes (Meynier, 1969: 17-97; Claval, 1998: 119-150).

En síntesis, el razonamiento alemán de principios del siglo XX planteó que los diferentes pueblos se especializan mediante la concepción de herramientas, técnicas y métodos para adaptarse al medio. Muchos de sus autores hicieron énfasis en el proceso mediante el cual estos conocimientos se difundían en el espacio de un área cultural a otra (Blaut, 1994: 173-190). La mayoría de los mencionados llegaron a la conclusión de que los procesos históricos mediante los cuales los pueblos modifican su entorno y son modificados por éste, quedan grabados en el terreno. Dicha porción de terreno que constituye la síntesis espacial donde ha quedado este proceso registrado fue llamada *Landschaft* («paisaje»). La disciplina científica que lo estudiaría sería el *Landschaftskunde* («conocimiento sobre el paisaje») (Sauer, 1995: 95).

Aquí es necesario regresar unos siglos atrás para ubicar el origen del término *Landschaft*. Traducido como «paisaje» en alemán moderno, *Landschaft* puede descomponerse en dos partículas: la primera, *Land*, hace referencia a la tierra, es decir, a la parte natural, al relieve, al suelo, al ambiente original. La segunda, *schaffen*, se refiere al modelado que, ya sea la naturaleza misma o el hombre, dan al terreno (Haber, 1995: 38-41). En inglés los componentes son los mismos. *Land* tiene la misma acepción explicada que en alemán y la partícula *scape* deriva de la misma raíz germánica «*scapjan*», que significa originalmente crear, trabajar u ocuparse. Esta raíz evolucionó a *schaffen* en alemán conservando el significado de creación o modelado, mientras *scape*, en inglés, cambió un poco el énfasis del acto formador por la forma resultante (Haber, 1995: 38). El término en estas lenguas quedó acuñado hacia finales del siglo XVI, misma época en la que proliferó precisamente la pintura paisajista en

los países de cultura germánica (Cosgrove, 2002: 64; 2003: 249). En aquel entonces, el *Landschaft* era una suerte de registro de la ley que regía sobre una demarcación que estaba depositada en las costumbres de sus pobladores (Olwig, 1995: 634), de modo que la pintura en un lienzo cumplía las mismas funciones que un mapa: representaba el territorio de un país. En la pintura de una *Land* (tierra), es decir, en un *Landschaft* (paisaje), podían leerse datos tales como los límites extremos del territorio, las subdivisiones en el interior de la demarcación, los caminos y senderos, los usos del suelo, las actividades agrícolas y ganaderas que estaban autorizadas, las áreas urbanas y rurales, las zonas de bosque, las fuentes de agua, en fin, todo aquello que era relevante para el manejo adecuado del territorio según la concepción germánica de entonces.

1.2. Sauer y el estudio del paisaje

Carl Sauer también recogió el concepto de *Landschaft* en su versión traducida al inglés y lo desarrolló en las décadas en que dirigió sus investigaciones en Berkeley. Como hemos señalado, Sauer tuvo muchas de las características que marcaron a los geógrafos alemanes del siglo anterior, por ejemplo, la de formarse primero en disciplinas más orientadas al estudio de la naturaleza. En su caso, Sauer estudió geología (Bosque, 1995: 91). La manera de proceder en el estudio de las rocas y de los otros componentes geomorfológicos fue empleada por Sauer para describir la morfología del paisaje. Fue así como tituló su obra pionera publicada en 1925 *Morphology of Landscape*. De la misma manera que un geólogo describe los afloramientos rocosos, su origen y sus características, Sauer propuso que la Geografía debía describir el paisaje visible formado por los elementos tanto de origen natural como cultural (Mitchell, 2000: 26-29). En particular, todos aquellos objetos o rasgos del paisaje elaborados por humanos serían el tema de la geografía cultural. Una de las referencias de Sauer, Alfred Hettner, había embestido dos años antes contra la vieja idea de Varenius expuesta en 1650 de que la Geografía es una disciplina que busca generalizar y emitir leyes universales sobre el comportamiento de los fenómenos de la superficie terrestre (Varenius, 1980). Por el contrario, Hettner afirmó en 1923 que era «imposible realizar la idea de una ciencia general de la Tierra; la Geografía sólo puede ser una ciencia independiente en tanto que disciplina corológica, es decir, en calidad de estudio de la variada expresión de las diferentes partes de la superficie terrestre. La Geografía no es la ciencia de la Tierra sino el estudio de las tierras» (Sauer, 1995: 95).

En *Morfología del paisaje*, Sauer (1925) no sólo cita esta idea de Hettner sino que la refuerza afirmando que «toda tradición de la Geografía concuerda con esta preferencia por el conocimiento sintético» mediante el estudio de áreas o paisajes, en vez de formular leyes científicas generales para la Tierra. El carácter científico de la Geografía, replica Sauer a las tesis tanto de Varenius como de los positivistas del siglo XIX, consiste en que su objeto de estudio —el paisaje— «es una sección de la realidad importante, sinceramente dada», por lo que el geógrafo «halla su campo de acción en el paisaje que se basa en la realidad significativa de la relación corológica» (Sauer, 1995: 95). Dicho en otras palabras, Sauer propone que el interés de la Geografía está en estudiar áreas bien determinadas llamadas paisajes y que en dichas áreas se analizan las relaciones entre los fenómenos que las definen. «Los fenómenos que componen un área [dice Sauer] no sólo se clasifican, sino que están asociados o son interdependientes. Descubrir la *conexión de los fenómenos y su orden* es una tarea científica, que según nuestra postura es la única a la que debe dedicarse la Geografía» (Sauer, 1995: 96).

En estas afirmaciones Sauer expone uno de los planteamientos que la geografía cultural de las décadas posteriores hubo de revisar: al decir que el paisaje es real y agregar que «cualquier inteligencia que se preocupe por la observación de la naturaleza» podría identificarlo, Sauer está ubicando al observador en una posición universalista contraria a la que

defiende el relativismo cultural. Para Sauer la «inteligencia» es algo subyacente a todas las culturas y, por lo tanto, todos los paisajes —si bien diferentes— podrían ser leídos de la misma manera por un investigador, idea que la antropología de finales del siglo XX se encargará de desmontar.

Seis años después de la publicación de *Morfología del paisaje*, Sauer escribe lo que pudiera ser el acta de nacimiento de la «geografía cultural». Se trata del célebre artículo de Sauer titulado precisamente *Cultural Geography* y aparecido en 1931 en la *Enciclopedia de Ciencias Sociales MacMillan* publicada en Nueva York (Sauer, 1982). En él sintetiza los conceptos tanto de la escuela alemana como aquéllos desarrollados en sus propios trabajos anteriores.

En este artículo, Sauer confirma la pertenencia de la geografía cultural al campo de la geografía física, incluso reconoce que la primera ha sido «engendrada por la geomorfología» y que su tarea consiste en estudiar «las expresiones del aprovechamiento humano [...] sobre la superficie», es decir, «los rasgos visibles» que se hallan en el espacio. La unidad espacial que estudia la geografía cultural es el «paisaje» o «área cultural». Sauer también deja en claro que toda área cultural es resultado de un proceso histórico en el que han participado sucesivas culturas y que ello hace necesario que el investigador recurra a métodos específicamente históricos. Así, los testimonios escritos, los arqueológicos y los etnográficos se hacen de primera utilidad para el geógrafo, quien se verá forzado a acudir directamente al área de estudio a realizar trabajo de campo.

La geografía cultural implica, por tanto, un programa que está unificado con el objetivo general de la Geografía: esto es, un entendimiento de la diferenciación de la Tierra por áreas. Sigue siendo en gran parte observación directa de campo basada en la técnica del análisis morfológico desarrollada en primer lugar en la geografía física. Su método es evolutivo, específicamente histórico hasta donde lo permite la documentación, y, por consiguiente, trata de determinar las sucesiones de cultura que han tenido lugar en un área. [...] Los problemas principales de la geografía cultural consistirán en el descubrimiento de la composición y significado de los agregados geográficos que reconocemos de forma algo vaga como áreas culturales, en poner más de manifiesto cuáles son los estadios normales de su desarrollo, en interesarse por las fases de auge y de decadencia, y de esta forma, en alcanzar un conocimiento más preciso de la relación de la cultura y de los recursos que son puestos a su disposición (Sauer, 1982: 354).²

En síntesis, la geografía cultural de la escuela de Berkeley afirmaba que era indispensable estudiar la especificidad de las diferentes áreas culturales describiendo, en la medida de lo posible, los rasgos visibles y su evolución en el tiempo. Para ellos, la cultura era «una realidad superior que se imponía a los individuos», quienes poco podían hacer para modificarla (Claval, 2001a: 6).

Autores posteriores irán matizando las propuestas de Sauer. La modificación más clara es aquella que atenúa la afirmación de que la geografía cultural únicamente se dedica a estudiar «los rasgos visibles», pues más adelante se verá que la cultura también se expresa en paisajes simbólicos que, de cualquier manera, tienen un sustento físico (Cosgrove, 2003: 249-268). Otro de los grandes problemas a los que se enfrentó la geografía cultural hacia finales de los años 1960 fue el de la mundialización de las técnicas que dejaban su impronta en los paisajes (Santos, 1990). Ahora lo llamaríamos globalización, pero aún en la actualidad habría que ser cauteloso en la utilización del término pues no se trató, ni entonces ni ahora, de un proceso de intercambio multidireccional, sino en una simple transferencia tecnológi-

2. Hemos utilizado como base la traducción presentada por Josefina Gómez Mendoza *et al.* (1982). Sin embargo, hemos arreglado mínimamente la redacción para hacerla más comprensible.

ca de unos países ricos a otros más pobres (Baricco, 2002: 15-37). Lo cierto es que muchas de las tecnologías occidentales de producción agrícola e industrial así como de comunicaciones y transportes se extendieron en ámbitos culturales muy distintos, de manera que los paisajes comenzaron a tener cada vez más similitudes.

Este hecho desalentó los estudios sobre cultura local y la geografía prefirió analizar el espacio a través de otros métodos. Fue entonces cuando los geógrafos se volcaron sobre los enfoques cuantitativos por dos razones: para hallar la especificidad de un paisaje y poderlo diferenciar de otro en el que se utilizaban las mismas técnicas era necesario geometrizarlo y crear valores numéricos que los distinguieran (Hugill *et al.*, 1994: 14-15). La segunda razón por la que aun los estudiosos de paisajes locales prefirieron abocarse a la matematización de su objeto de estudio tenía que ver con la pureza científica de sus investigaciones (Hagget, 1965). Como veremos adelante, en los años sesenta se pensó que para hacer «ciencias geográficas» era necesario hacer uso de métodos universalmente probados y formular teorías y modelos de valor general (Pini, 1992: 557-576; Beguin, 1992: 516-531). El estudio de las variantes locales fue visto entonces como algo demasiado parcial y subjetivo que jamás conduciría a la formulación de leyes científicas. Para satisfacer esta búsqueda, fue necesario bajar la escala hasta fragmentar el paisaje en pequeñísimas porciones y someter sus muestras a pruebas de laboratorio. Fue entonces cuando la ecología se apoderó del término «paisaje», aunque para ellos fuera una noción que nada tenía que ver con la producción cultural del espacio.

1.3. La «Nueva Geografía Cultural»

El enfoque cultural en geografía parece renovarse hacia finales de los años setenta y lo hace reflexionando no sobre las colectividades, como lo hicieron Brunhes (1984), Sauer (1925) o los geógrafos marxistas (Harvey, 1969; Shurmer-Smith, 2002), sino sobre los individuos que las conforman (Johnston, 1997: 268). Ya para entonces un geógrafo cuantitativista, el sueco Torsten Hägerstrand, había virado hacia la geografía cultural proponiendo sistematizar las biografías cotidianas dentro de una comunidad urbana. El análisis que proponía buscaba identificar las actividades espaciales de las personas como si fuesen geografías individuales y trazar, a partir de los recorridos realizados por dichos individuos, mapas espacio-temporales que hablaran de la experiencia territorial de una colectividad (Hägerstrand, 1970; Giddens, 1998: 143-148; Buttner, 2004: 166-167). Aquí debemos reconocer el trabajo previo del arquitecto Kevin Lynch quien, en 1960, había publicado su famoso libro *La imagen de la ciudad*, en donde analizaba la estructura urbana en base a la percepción sensorial que los habitantes tienen de ella (Lynch, 1974). Poco después de la publicación de Hägerstrand, en su libro *La région, espace vécu*, Armand Frémont insistió en las geografías del «espacio vivido» como recurso básico de la geografía social (Frémont, 1976). Por su parte, Peter Gould aportó sus ideas sobre la manera en la que se podían cartografiar esas geografías urbanas individuales a través de lo que definió en 1974 como *Mapas mentales* (Gould, 1992). Quizá sin percibirlo entonces, se dieron las condiciones para dar un salto en la disciplina. Digamos que se trató entonces de aplicar un método más fino y laborioso para descifrar los usos del espacio de un grupo social.

Recordemos que, a lo largo de casi todo el siglo XX, los geógrafos habían sostenido que la cultura era una realidad superior a la vida cotidiana de los individuos y su objetivo era describirla y diferenciarla por áreas sobre la superficie terrestre. En palabras del geógrafo estadounidense James Duncan (1980), la cultura de aquellos años era como un «superorganismo» que dominaba la voluntad de los individuos de una manera poco clara (Claval, 2001a: 6). En los países de habla inglesa se criticó esta definición de lo cultural dando inicio a la aplicación de un nuevo enfoque que se centraba, como hemos dicho, en las percepciones del individuo. Duncan mismo señaló a lo largo de esa década que la cultura es resultado de procesos de

transmisión, de interiorización, de evaluación y de reinterpretación en los cuales la experiencia individual juega un papel decisivo (Duncan, 1980, 1990, 1992). En el Reino Unido, Denis Cosgrove y Peter Jackson coincidieron con esta tendencia en el aspecto de que las representaciones individuales son fundamentales para comprender las áreas culturales (Cosgrove, 1984; Jackson, 1995). Con esta visión, varios geógrafos del ámbito anglosajón abordaron estudios de caso. James Duncan se sumerge en la cultura cingalesa para descubrir que el paisaje puede ser leído como un texto en el que los rasgos arquitectónicos constituyen breves citas de la literatura sagrada que fácilmente reconocen los pobladores de Sri Lanka. Sus resultados fueron publicados en el libro *The City as a Text* (Duncan, 1990). Al respecto, Mike Crang (1998: 59) asegura que la tarea de la *geo-grafía* es, como lo sugiere su etimología, el estudio de las inscripciones hechas por los pueblos en la superficie terrestre. Un procedimiento similar al de Duncan es utilizado por Allan Pred (1990) para explicar cómo los habitantes de algunas ciudades suecas de los siglos XVIII y XIX perciben su medio. En esos años, Anthony Giddens publica *The constitution of society* (1984) afinando la propuesta de Hägerstrand y haciéndola menos neutra, es decir, sociológicamente más verosímil en el sentido en que los actores son menos mecánicos, menos predecibles (Giddens, 1998). Al darse cuenta de la convergencia de sus esfuerzos en la segunda mitad de la década de 1980, estos investigadores comenzaron a hablar de una «Nueva Geografía Cultural» (Claval, 1995: 42; Norton, 2000: 14).

Por su parte, en Francia, Joël Bonnemaïson (2000) publica sus estudios sobre el paisaje sagrado de los habitantes de Vanuatu, mientras que Augustin Berque (1986, 2000) describe la relación de los japoneses con su medio en *Le sauvage et l'artifice*. A diferencia de los países de habla inglesa, los franceses no abandonaron del todo la riqueza de la descripción de los paisajes, en particular de aquéllos del medio rural. Así, podemos hablar del nacimiento de una etnogeografía que hace referencia a la manera en que los distintos pueblos ordenan y reordenan su territorio (Claval, 1995: 43).

Resumiendo: ¿en qué consistió la renovación de la década de los ochenta? Paul Claval lo dice así: «Los estudios culturales cambian de escala: no disponemos de los medios para aprehender la cultura china o la cultura árabe pero, a cambio, es fácil observar cómo se construyen las categorías utilizadas por un grupo particular en un ambiente dado» (Claval, 2001b: 34). El cambio de escala permite estudiar sutilezas de la cultura impresas en el espacio y renunciar, de una vez por todas, a la conformación de grandes teorías generales o de síntesis ambiciosas. Ahora se sistematiza el estudio de una persona que pertenece a un pequeño grupo de un barrio marginal en una ciudad y se aspira, a lo más, a verificar la manera en que esta persona, y las que le son culturalmente afines, producen sus paisajes, o bien a comprender el uso de sus espacios. Para Peter Jackson, la *Nueva Geografía Cultural* se interesó más en la cultura de grupos marginales que en las grandes civilizaciones, en las expresiones populares más que en la corriente de élite (Jackson, 1995: xi). En *Maps of Meaning*, un libro que se ha vuelto referente sobre esta etapa, Jackson agrega que los geógrafos se vieron obligados a salir de su disciplina para abreviar en los estudios culturales de Raymond Williams, Clifford Geertz y Claude Lévi-Strauss, rompiendo así con las fuentes utilizadas por la generación de Sauer (Jackson, 1995: 25-46). De este acto innovador surgieron las posibilidades de ensanchar la discusión teórica sobre la geografía cultural (Luna García, 1999: 76-79) y de estudiar de manera aún más interdisciplinaria aspectos nuevos vinculados al paisaje: cultura y pobreza, cultura y género, cultura y sexualidad, paisaje urbano, cultura y política, cultura y racismo y, desde luego, las lecturas derivadas de un nuevo enfoque en donde no todos los objetos culturales son materiales.³

3. No todos los geógrafos dedicados al estudio de la cultura estuvieron de acuerdo en llamar «nuevo» al enfoque de los años ochenta. Para una síntesis de las críticas, véase Johnston (1997: 201-208).

1.4. El «giro cultural» de la Geografía y la «ola posmoderna»

La *Nueva Geografía Cultural* significó un replanteamiento que tomó en cuenta no sólo las expresiones materiales de la cultura sobre un área dada sino también el simbolismo que para los habitantes tenían algunos de los rasgos del paisaje. A partir de finales de los años ochenta, los especialistas en geografía cultural ya no se limitaron a describir, como sus antecesores en Berkeley, la manera en que los diferentes pueblos marcaban físicamente su territorio y los elementos antrópicos del paisaje. También se dedicaron a comprender el significado de lo representado por los individuos y el modo en el que percibían y comprendían su ambiente. Por primera vez en muchas décadas, la Geografía parecía cobrar una nueva vida, pues se desprendía de los enfoques macroeconómicos y sociológicos para hacer propuestas de lectura metódica de los paisajes. Las ciencias sociales mirarían de nuevo el conocimiento geográfico como un conocimiento estratégico. El enfoque cultural fue evaluado por algunos geógrafos como una suerte de oxígeno puro para su disciplina. La renovación que se observaba no sólo favorecía a los interesados en las diferencias culturales entre pueblos, sino a todos los geógrafos en la medida en que la Geografía se sacudía de su inercia y anquilosamiento. De pronto se comenzó a hablar de un *cambio* de dirección, de un *viraje*, de un *giro* de la Geografía que valoraba más que nunca el enfoque cultural. En inglés se le llamó *the Cultural Turn in Geography*, mientras que los franceses, tras analizar los avances de sus colegas británicos y norteamericanos, lo llamaron *le tournant culturel en géographie*. A nuestro parecer, la frase que sintetiza este esfuerzo en castellano es *el giro cultural de la Geografía*.

No es que la cultura se haya convertido en el objeto de moda que los geógrafos quieran estudiar, sino que la cultura como concepto permite entender mejor la construcción del espacio. Siguiendo a Cosgrove y Jackson, William Norton subraya cómo la cultura es ahora vista como el «medio a través del cual la gente transforma el mundo material en un mundo de símbolos a los que da sentido y a los que se le atribuye un valor». Si bien esta definición no es del todo novedosa, lo cierto es que el énfasis que se le otorga a la cultura como vehículo para estudiar a las colectividades formadas por individuos se refuerza al finalizar el siglo XX. Se estudia entonces el espacio con su significado a veces escondido, así como el comportamiento de la gente en él (Norton, 2000: 14).

El resultado de este tipo de estudios nos revela paisajes únicos llenos de aparentes contradicciones. La llamada *ola posmoderna* prospera bajo estas condiciones en donde definir el espacio resulta un ejercicio de altísima complejidad. En *Postmodern Geographies*, Edward Soja retoma muchas de las ideas desarrolladas durante el siglo XX por la geografía cultural para reinsertar el concepto de espacio en el análisis crítico sobre el fenómeno social, en particular en ámbitos urbanos. Para este geógrafo, lo primero que se necesita para estudiar el espacio es «un lugar» (Soja, 2001: 224). Dicho de otro modo, el enfoque cultural («posmoderno» según su terminología) requiere de lugares concretos y no de nociones espaciales abstractas. Después de haber estudiado muchos casos en África, Soja se abocó al estudio de la ciudad en la que trabaja: Los Ángeles, California. De ella advierte que es «imposible realizar una descripción totalizadora» y que sus resultados son necesariamente «eccléticos, fragmentarios, incompletos y frecuentemente contradictorios», adjetivos que también revelan cómo es la ciudad de Los Ángeles (Soja, 2001: 247). En su análisis se sirve del concepto de «paisaje» y de la noción de que su caso estudiado es un «microcosmos» producto de la idea que los habitantes tienen de sí mismos y de las influencias culturales externas. Plantear así un análisis, como veremos en la segunda parte de este capítulo, es identificarse con los postulados del enfoque cultural, razón por la cual los especialistas asocian la ola posmoderna con el giro cultural de la Geografía.

Recientemente, los geógrafos británicos Kay Anderson, Mona Domosh, Steve Pile y Nigel Thrift reunieron 31 ensayos en su *Handbook of Cultural Geography*, que podría ser un

buen ejemplo de la situación actual del giro cultural de la Geografía, al menos en el ámbito de habla inglesa. El planteamiento que cobija estos trabajos, a nuestro juicio, explota en grado nunca antes visto el potencial del enfoque cultural en términos de su libertad para hallar temas susceptibles de ser estudiados por la geografía y de apreciar la diversidad cultural del planeta. Para ellos, las definiciones deben ser abiertas como lo es el espacio. Así, en su versión, «la geografía cultural es un estilo de pensamiento que reúne una amplia variedad de cuestionamientos y de maneras de responder a ellos [...]. Lo cultural ha modificado lo geográfico, haciendo posible estudiar cada vez más “cosas”, pero también, sometiendo cada vez más “cosas” a escrutinio. De alguna manera, pues, se trata de la democratización del entendimiento, de la posibilidad de mirar el mundo por las diferencias que coexisten en él y de aprender de ello» (Anderson *et al.*, 2003: xix). «La geografía cultural es, pues, un controvertido terreno para el debate [...]. Resulta mejor que la entendamos como una serie de compromisos intelectuales —y de suyo políticos— con el mundo [...]. Dicho terreno no está cerrado ni impone límites precisos al esfuerzo académico, sino que más bien está abierto y constituye un comprometido estilo de pensamiento» (Anderson *et al.*, 2003: 2).

El *giro cultural* —incluida la *ola posmoderna*— retoma con gran fuerza una de las tradiciones más valiosas del romanticismo alemán: la curiosidad por «el otro». Para los geógrafos que emplean el enfoque cultural, cada vez es más claro que la cultura occidental se ha impuesto sobre el resto de las percepciones del mundo y que lo ha hecho de una manera violenta e irrespetuosa. Ahora se acepta con facilidad que la diversidad humana y natural de la Tierra ha sido leída con ojos eurocentristas. El giro cultural implica salir de una vez por todas de ese eurocentrismo, pero más aún, implica descubrir que «el otro» también es nuestro vecino. Dicho de otro modo, la cultura occidental ha excluido también las diferencias en el interior de su misma sociedad: ha marginado no sólo a las minorías étnicas y a las clases sociales desfavorecidas, que han sido bien estudiadas, sino a otros grupos fuera de la norma como los jóvenes, los homosexuales, los desempleados, los analfabetos, los discapacitados, los indocumentados o los ancianos, entre otros (Soja *et al.*, 2002: 379-389).

Partiendo de lo anterior, las décadas de 1990 y de 2000 han sido fecundas en estudios sobre género, sobre marginación laboral, sobre distribución electoral, sobre nuevas formas de racismo, sobre respuestas juveniles, sobre la nueva violencia interétnica (Monk, 1992). Varias revistas acogieron las contribuciones de los geógrafos preocupados por estos problemas; de ellas podemos destacar *Ecumene*, publicada en el ámbito anglófono y conocida actualmente con el título de *Cultural Geography*, así como la revista francesa animada por Paul Claval: *Géographie et Cultures*.

En base a la descripción histórica que hemos desarrollado en esta primera sección sobre la evolución de la geografía cultural, esbozaremos en seguida una visión actual sobre el enfoque que nos ocupa, en la cual se intentan recoger las líneas generales en las que coinciden diversos autores. No obstante, hemos introducido algunas ideas nuevas que se derivan de nuestra propia investigación en casos concretos.

2. El enfoque cultural en geografía

Antes de avanzar en las especificidades del enfoque cultural, es imprescindible hacer una definición más clara del concepto de «espacio» que aquélla provista por los diccionarios especializados. Tomando en cuenta que dicho concepto es el objeto de estudio de la Geografía, resulta muy pobre señalar que espacio «es aquello que ocupan los objetos como resultado de su volumen», o bien, «el vacío» que queda sin ellos (Wetherick, 2001: 293; Cabanne, 1992: 448; Clark, 1998: 454; Mayhew, 1992: 249). Comencemos, pues, por ampliar y precisar los límites de este concepto.

Complementario a las definiciones habituales, desde la geografía cultural se debe entender que el espacio es una de las dos dimensiones de la realidad; la otra es el tiempo. Espacio y tiempo no deben ser observados por separado, aunque en su análisis el investigador puede privilegiar una de las dos dimensiones para abordar su estudio; los geógrafos suelen privilegiar la dimensión espacial, mientras los historiadores suelen hacerlo con la dimensión temporal (Braudel, 1997: 27-28; Trochet, 1998: 5-8). Las demás disciplinas plantean estudios temáticos que recurren al análisis temporal y espacial según sea su necesidad. Ahora bien, el espacio tiene nombres precisos: se llama región, territorio, sitio, lugar, ciudad, municipio, país, frontera, área, planicie, montaña, etc. (Soja, 2001: 224). Comprender que el espacio no es un objeto de estudio en sí, sino una dimensión, simplifica mucho la comprensión de la Geografía como disciplina. A menudo, los estudiantes de Geografía se adentran en discusiones interminables sobre la definición de «espacio» precisamente porque no le ponen nombre preciso a lo que quieren estudiar. Del mismo modo que el historiador no estudia «el tiempo» en general, el geógrafo no estudia «el espacio» en general. Ambos eligen temas de estudio en el que concurren las dos dimensiones. En América Latina, los historiadores han tenido claro su objeto de trabajo y han desarrollado estudios de gran relevancia para conocer ciertos aspectos de nuestras sociedades. Por su parte, los geógrafos han sido menos eficaces porque se pierden con frecuencia en una definición que suena interesante pero que tras un riguroso examen parece un tanto hueca. Así, podemos ser más precisos diciendo que el objeto de estudio central de la Geografía es la «dimensión espacial», y que esta dimensión hace referencia a espacios concretos que llevan incluso nombres propios (la región andina, la ciudad de Asunción, el territorio hondureño, la zona del Canal de Panamá, la cuenca del río Amazonas, la frontera mexicano-estadounidense, etc.). Esta precisión no obsta para seguir utilizando el aceptado término de espacio como objeto de estudio de nuestra disciplina. Simplemente recordemos que el espacio es una dimensión genérica, no una porción de la superficie terrestre.

Como se ha reconocido, la geografía cultural estudia frecuentemente el espacio mediante la definición de unidades llamadas «paisaje» (Berque, 1992 y 1990: 67; Matless, 2003: 227-232; Plachter *et al.*, 1995: 15-18). Aquí definimos paisaje como una representación de un espacio preciso, o bien como tal espacio preciso analizado por un observador. En seguida quedará clara esta doble acepción cuando entendamos cómo se produce un paisaje y cómo se le estudia una vez producido.

2.1. La producción de un paisaje

Debemos en gran parte a la Antropología, a la Arqueología, a la Etnología e incluso a la Biología, el estudio de la manera en que los primeros pueblos entienden su entorno y organizan su espacio (Child, 1971; Levi-Strauss, 1955; Eliade, 1965; Dubos, 1975; Copans, 1996; Ruffié, 1983; Gentelle, 1992; Leakey, 1993; Butzer, 1994). Fue así que los geógrafos robustecieron su definición de «paisaje». En este artículo es imposible hacer una revisión de los trabajos de esos especialistas pero reseñaremos el sentido general de su propuesta. Para ello es útil imaginar a un grupo social neolítico que se asienta, poco a poco y a través de generaciones, en un determinado paisaje. Los integrantes de este grupo han constatado a lo largo de su estadía que el comportamiento de los ciclos naturales del sitio elegido les es afín, más aún, ellos mismos forman parte de esa naturaleza (Garanger, 2002: 682-712). Para entenderlo en la distancia, podemos decir que se verifica entonces un lento proceso de adaptación al ambiente local, simultáneo a otro proceso en que dicho grupo empieza a transformar ese ambiente. Estos dos procesos en realidad son uno mismo: el de la producción de un paisaje en donde se advierten rasgos impresos por los humanos y metáforas de las fuerzas naturales llevadas al terreno de la explicación ontológica del propio grupo (Harvey, 2003: 532-543). Dicho de otro modo, el clima, el relieve, la vegetación,

la hidrografía, la fauna, la posición de los astros y demás elementos del medio, son los ingredientes con los que se tendrá que formar la cultura del grupo (Arnold, 2000). Es conveniente advertir que esta determinación de la cultura propia del grupo no tiene, desde luego, una fecha de inicio, sino que es producto de la vida y la muerte de generaciones enteras y de la modificación irreflexiva de paisajes y de hábitos. De hecho, como señala el antropólogo francés Philippe Descola, hay sociedades que no requieren de la separación de lo natural y lo cultural (Descola, 2001: 101-123); esta clasificación es típicamente occidental y viene al caso para facilitar la explicación que aquí se busca exponer sobre la producción de un paisaje.

Sin embargo, podemos decir que cada individuo de la colectividad en cuestión tiene una manera particular de percibir sensorialmente su ambiente. Son la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato los principales sentidos que captan ese clima y ese relieve (Claval, 1995). Quizá haya otras formas de percepción que enriquezcan la idea que individualmente nos formamos del espacio, pero para la geografía cultural, la versión que cuenta es aquella que se basa en los acuerdos tácitos o explícitos de toda la colectividad local. No importan las percepciones individuales sino las afirmaciones de grupo (Claval, 2001a). No es relevante para el geógrafo probar o desmentir la existencia de un dios en una cueva, sino lo que importa es la afirmación popular de que existe un dios en tal cueva. Esta afirmación colectiva es parte de la cultura local y por tanto es un elemento del paisaje que se puede ver: la prueba de la existencia del dios es la existencia de la cueva. Aquí estamos hablando de la importancia de las representaciones simbólicas en el paisaje. Al mismo tiempo que los humanos perciben el entorno y arman con esos estímulos su idea del mundo, el grupo social modifica el medio, por ejemplo, protegiendo el acceso a un abrigo rocoso, deforestando una ladera, labrando el suelo, levantando una empalizada, represando un arroyo, construyendo una torre. Para operar esta modificación, el grupo social diseña, a través de los siglos, cuatro tipos de recursos: a) técnicas y habilidades que les permiten obtener sustento y protegerse de las contingencias del medio; b) herramientas para defenderse y para facilitar sus labores de supervivencia; c) instituciones políticas, administrativas, religiosas y sociales de varios tipos que les permitan organizarse de acuerdo con su propia realidad, y d) arquitectura que favorezca las condiciones de vida buscadas por el grupo. Este último recurso puede ser tan elemental como la penetración de las familias en un refugio natural para celebrar un ritual (Kostof, 1995: 21).

Paul Claval dice que, para que opere este proceso, el grupo social que se ha establecido en un lugar tiene que «reconocerse en él», «orientarse a partir de él», «marcar su territorio», «nombrarlo» e «institucionalizarlo» (Claval, 1995: 154-180). Explicando estas cinco acciones que bien pueden ser simultáneas, comprenderemos mejor la manera en la que se produce un paisaje:

1. *Reconocerse* en un sitio o lugar implica tal vez descubrir las raíces que nos ligan con él. El reconocimiento «resulta de una relación sensorial con el espacio que se recorre a pie en todas las direcciones y que va más allá del círculo familiar» (Claval, 1995: 158). Reconocerse como grupo en un lugar es comenzar a tejer una identidad entre la sociedad y el espacio.

2. *Orientarse* implica saber hacia dónde moverse en el interior de ese espacio en el que nos reconocemos. También implica saber dónde están unos objetos con respecto a otros en el interior y en el exterior del territorio inmediato. En muchas sociedades septentrionales, para orientarse se traza un eje que une el sitio de observación (de fundación de una residencia, por ejemplo) con otra eminencia del paisaje natural y con la estrella polar, que es el punto en torno al cual giran todas las demás estrellas del firmamento. A partir de estos elementos tenemos ya un eje norte-sur y otro perpendicular este-oeste, es decir, cuatro puntos cardinales (Lévinas, 2000: 25). Pero no todos los pueblos se orientan del mismo modo. Los Yurok, del norte de California, viven en un universo tubular que viene dado por el río Klamath, a partir del cual se derivan cuatro direcciones en el espacio: «río arriba, río abajo,

hacia el río, opuesto al río» (Claval, 1995: 159). En el antiguo Egipto el universo era percibido de una manera similar y el río estructurador era el Nilo (Hacyan, 1999: 18-20). El siguiente paso después de fijar dos ejes, como lo hemos hecho en Occidente, consiste en trazar paralelos y perpendiculares estableciendo una cuadrícula de coordenadas que nos da la oportunidad de ubicar cualquier punto.

3. *Marcar* el lugar es una actividad que consiste en imponer sobre el espacio rasgos artificiales que permitan hacer más evidente el sistema de orientación, cualquiera que éste sea. También pueden hacerse mojoneras, señales, bardas o líneas fronterizas para delimitar el territorio del que se ha tomado posesión.

4. *Nombrar* el lugar consiste en generar una toponimia que habla en ocasiones de las propiedades del sitio, de su historia o de las leyendas y asociaciones que la gente tiene con dicho lugar. «Nombrar los lugares es impregnarlos de cultura y de poder» (Claval, 1995: 166). Al nombrar el lugar, el grupo social se está dando también un nombre aunque en ocasiones es el nombre del grupo el que pasa a convertirse en topónimo (Foucault, 1988: 126-163).

5. *Institucionalizar* el lugar quiere decir conferirle un significado colectivo, fundarlo mediante un ritual, festejarlo mediante la repetición de ese ritual cada año, racionalizarlo para su administración y aprovechamiento. También significa clasificarlo, confeccionarle una historia o leyenda, dotarlo de una memoria, imponerle un género y una connotación donde esté asentado su orgullo identitario (Sánchez, 1990: 71-109; Illich, 1990: 118-156; Halbwachs, 1968: 130-166; Bender, 1995). Institucionalizar el lugar implica institucionalizar también el grupo social, distribuir cargos dentro de una jerarquía, establecer funciones, sistematizar un lenguaje, diseñar un icono, componer un canto común, cocinar un platillo con ingredientes locales, etc.

Como resultado de estas cinco acciones a menudo simultáneas e inscritas en plazos largos, el lugar escogido pasa a ser un país en el sentido en que dicho término encarna a la tierra entrañable que un pueblo ocupa y a la que está indefectiblemente ligado por tradición e identidad. O bien pasa a ser, en términos de la geografía cultural, un paisaje, que también ha sido definido como «lo que se ve del país» (Brunet *et al.*, 1992: 337).

Antes de concluir con la definición de paisaje, que es fundamental para la geografía cultural, hace falta señalar algunas de sus características. Veamos cinco que son centrales:

a) Al ser producido intelectual y materialmente por el grupo social que lo habita, el paisaje forma parte de una cosmovisión completa y constituye el centro de un universo imaginado por los habitantes. A menudo, el paisaje es pensado como una reproducción en miniatura del cosmos; es decir, es un microcosmos (Eliade, 1965: 47-52; López Austin, 1989: I, 55-98; Soja, 2001: 223; Vallega, 2003: 116-120). Esto nos habla del razonamiento inverso en el que el mundo entero no puede ser muy diferente que el paisaje habitado, de modo que en realidad el mundo es un macrocosmos de dicho paisaje.

b) Al ser producido por un grupo social cuyos individuos se suceden generación tras generación, el paisaje es una entidad de larga duración en donde aparecen rasgos, elementos y objetos de diferentes épocas (Braudel, 1996: 60-106; Crang, 1998: 22; Baker, 1992; Andreotti, 2005: 251-257). Mientras los individuos y las generaciones mueren, los paisajes se modifican y permanecen.

c) El paisaje es un espacio modelado tanto por fenómenos de la naturaleza como por la acción humana (Plachter, 1995: 15; Hinchliffe, 2003: 207-225).

d) El paisaje es una unidad física, (Sauer, 1982: 353) esto es, sus objetos y elementos son, si no tangibles, al menos visibles, olfateables, audibles, degustables (Cosgrove, 2002; 2003). Lo anterior no obsta para decir que los componentes físicos del paisaje tengan además un significado cultural haciendo del paisaje un rito, una composición de puntos sagra-

dos o un almacén de recursos disponibles, entre otras lecturas subjetivas que pudieran hacerse sobre dicha unidad (Berque, 1990: 48; Vallega, 2003: 226-230).

e) El paisaje posee una escala humana. Además de que sus objetos son visibles a simple vista, sus distancias son recorribles a pie. Recordemos que la etimología latina de espacio, *spatium*, que es de primordial importancia para la Geografía, da cuenta de esta característica: según ella, espacio es «aquello que se mide con pasos» (Brunet *et al.*, 1992:179), es una «extensión» para ser recorrida (Corominas, 1983: 248). Por lo tanto, sus confines no pueden ir más allá de lo que puede caminar un adulto sano en una jornada de marcha. Para darnos una idea, diremos que una caminata de cinco horas de ida y cinco de regreso en terreno relativamente llano permite recorrer un radio de 25 km (o como se decía en tiempos coloniales, de cinco leguas), de manera que obteniendo el área de esa circunferencia abarcable por los pies humanos,⁴ tendríamos un resultado de casi 2.000 km². Aquí es importante reflexionar sobre los medios de locomoción (Claval, 1995: 158). Un asno o un caballo están a la misma escala que el ser humano. Un ferrocarril no. El tren, como el avión, no pueden ser conducidos por un individuo sino que requieren de una coordinación entre el punto de partida y el punto de llegada. Particularmente, los aeropuertos no tienen escala humana y de ello nos hablan las distancias imposibles de recorrer entre una sala y otra por un niño o un anciano maletas en mano. El automóvil, el medio de desplazamiento por excelencia en la mitad del planeta, es un vehículo que presenta ambas escalas. En la ciudad, por ejemplo, suele recorrer distancias caminables conducido por una sola persona. Sin embargo, en la misma ciudad o más aún en las carreteras y autopistas, el automóvil pierde su escala aparentemente humana en la medida que acelera y el espacio que ocupa deja de ser percibido. Ya dijimos que la producción del paisaje es resultado de una experiencia sensorial; pues bien, por encima de los 10 o 15 km/h, el oído no oye lo mismo, la vista capta mucho menos detalles y los aromas y sabores del medio no son perceptibles, además de que el sentido del tacto no puede ejercerse fuera de la cabina del conductor (Fernández, 1992: 97-115). Hablar de la escala humana implica también rechazar las microescalas propias de la ecología. Para el geógrafo, la disección de pequeñas áreas apenas mayores a un jardín doméstico no permite realizar atinadas lecturas sobre la producción del paisaje.

Por comodidad, párrafos atrás hemos ambientado nuestro ejemplo con un grupo social neolítico que se ha sedentarizado. Pero la firmeza del planteamiento resiste extrapolarlo con ejemplos urbanos contemporáneos. Así, una banda juvenil cumple las mismas cinco acciones para producir su paisaje urbano, esto es, el espacio que le da sentido a su identidad como grupo social. Los miembros de la banda «se reconocen» en su barrio de origen o en los predios a los que han llegado a tomar posesión. «Se orientan» ubicando accesos, calles, horarios de riesgo, escondites; «marcan» con *graffiti* sus dominios alertando o retando a otras bandas vecinas; «nombran» su territorio y lo «institucionalizan» organizándose jerárquicamente, definiendo códigos, inventando palabras, diseñando ritos de iniciación y castigos para sus miembros. Una vez cumplidas las acciones, el paisaje urbano, que no es otra cosa que una red de flujos y puntos de encuentro circunscrita a un terreno de dimensiones más o menos precisas, queda fundado (Anderson *et al.*, 2003: 3). Esta fundación implica que el paisaje obtiene el rango de territorio.

4. El cálculo geométrico arroja una cifra de 1.963,5 km² ($\pi \times r^2$), lo cual hace referencia a un individuo que se desplaza, sin carga, a velocidad uniforme y sobre un espacio libre de obstáculos, sin pendiente, sin tomar en cuenta ni la altitud, ni las condiciones atmosféricas o edáficas, ni la forma de caminar, es decir, se refiere a un individuo hipotético marchando sobre un espacio igualmente hipotético, lo cual es contradictorio con el espíritu eminentemente corográfico de la geografía cultural. No obstante, la cifra da una idea que nos permite decir que expresiones como «paisaje globalizado» son, en principio, contradictorias.

2.2. El investigador y el enfoque cultural

Después de haber visto cómo se produce el espacio llamado paisaje, debemos pasar a revisar la manera actual en que el geógrafo debe estudiar dicha unidad espacial. Al comenzar este capítulo, afirmamos que la geografía cultural, más que un área de conocimiento, es una posición desde la cual el investigador observa su objeto de estudio (Claval, 2001c). En tiempos del positivismo, se orilló a los estudiosos del espacio a mirar «objetivamente», es decir, desde afuera (desde una posición neutra) el fenómeno que estudiaban. Pero tal posición es ficticia puesto que no hay neutralidad en el observador sino juicios obtenidos desde un marco cultural ajeno al estudiado (Latour, 1995; Stengers, 1995; Chalmers, 1987). Por ello hemos evocado el romanticismo alemán y su afortunada curiosidad por comprender la alteridad mediante el intento —siempre limitado— de «ponerse en los pies del otro» (Tejera, 2002: 26). La geografía cultural exige que el investigador se introduzca hasta los límites de lo posible en la lógica territorial del grupo que estudia, sea éste una sociedad indígena o un reformatorio para jóvenes delincuentes. Para comprender los paisajes, el investigador trata, pues, de seguir el mismo recorrido intelectual que el grupo social utilizó al producirlos. Por ello repite hipotéticamente la operación señalada por Paul Claval líneas arriba: se reconoce en el paisaje, se orienta a partir de él, identifica las marcas del territorio, averigua el origen del nombre asignado al lugar y enumera las instituciones más visibles que lo caracterizan (Claval, 1995: 154-180; 2001c: 7-33 y 184-216).

Del mismo modo, el investigador debe tener en cuenta las cinco características del paisaje que explicamos líneas arriba. A partir de ellas, el estudioso debe asumir que su paisaje de estudio es el punto más importante del cosmos para el grupo que lo habita. Debe saber identificar el orden cronológico de los objetos y de las formas del paisaje y, si lo necesita, hacer abstracción de aquellas que no son del momento que quiere comprender; es decir, debe manejarse en escalas temporales distintas que, sin embargo, están plasmadas en un mismo espacio (Andreotti, 2005: 251-252). El estudio de la historia (ambiental y humana) y de los métodos geomorfológicos, etnológicos y antropológicos es fundamental para dar calidad a su investigación. Cuando intenta delimitar el paisaje que estudia, el investigador tiene presente que la escala a la que fue producido es una escala humana. En consecuencia, el investigador echa mano del trabajo de campo pues el paisaje se lee con los pies, con las impresiones que el cuerpo humano recibe tras largas caminatas en busca de los límites territoriales. Resulta ideal permanecer en el lugar de estudio durante temporadas lo suficientemente prolongadas para asimilarse con el medio y pasar relativamente desapercibido (Malinowski, 1973). Cada salida en trabajo de campo es una manera de dar frescura a la investigación pues, como dice Ivan Illich, la cultura se hace visible «sólo para el recién llegado» (Illich, 1990: 81). También trabaja con mapas y con otras representaciones espaciales. La cartografía a escalas humanas revela mucho del paisaje que se estudia: éstas no son menores a la escala 1:50.000 y no son mayores a la de un plano en donde quepa adecuadamente representado el grupo estudiado.⁵ Puede, sin embargo, emplear escalas más grandes para vincular su zona de estudio con la región a la que pertenece. Por último, diremos que durante el curso de su investigación, el geógrafo se siente tentado a tomar una posición del lado de aquellas decisiones tendentes a beneficiar la diversidad cultural y la preservación de las riquezas naturales (Lacoste, 1977; Bassols, 1985; Anderson *et al.*, 2003). Esto no es un obstáculo sino más bien la consecuencia lógica de conocer suficientemente un problema y

5. Recordemos que una escala «pequeña» (por ejemplo, la escala 1:4.000.000) representa una gran porción del territorio pero con poco detalle, mientras que una escala «más grande» (por ejemplo, la escala 1:20.000) representa una pequeña porción del territorio a un detalle mucho mayor.

detectar los agentes que coadyuvan a su solución y aquellos que la entorpecen. No obstante, el investigador se debe manejar con mesura y prudencia, distinguiendo sus deseos personales de aquéllos propios de las comunidades estudiadas.

A lo largo de su trabajo, el investigador obtiene sus conclusiones por empatía. No puede ser de otro modo puesto que el observador no deja de ser quien es y carga consigo los filtros culturales con los que ha sido troquelado, de tal suerte que un buen resultado sería un informe lógico, verosímil, riguroso y completo, pero este resultado no es una verdad sino una interpretación. Pareciera entonces que el enfoque cultural en Geografía es opuesto a la búsqueda de una objetividad científica (Claval, 2001c). Al respecto es fundamental hacer una reflexión sobre el orden en que aparecen las distintas instituciones en la historia del pensamiento. Volvamos a nuestro ejemplo en el que un grupo social neolítico observa su paisaje al tiempo que se impregna de él. Hemos acordado que el paisaje se modela, además de por las fuerzas propias de la naturaleza, por las actividades humanas y que estas actividades son producto de la experiencia del medio. Sin natura no hay cultura (Hinchliffe, 2003: 215-216). Para muchos científicos actuales, la ciencia no parece ser un producto social o una institución concebida por un grupo humano que ha obtenido su conocimiento a partir de la experiencia que le procura su entorno. La ciencia es, desde la visión positivista clásica, una entidad natural que existía antes de todos los tiempos, o más aún, una divinidad, como la llamó Saint-Simon, que se revela a los iniciados (Grange, 1982: 95; Bernal, 1954). La geografía cultural ha rechazado esta postura positivista y ha preferido preguntarse en qué momento de la historia de Occidente se configura el pensamiento científico. Es decir, en qué momento la evolución del pensamiento occidental acuerda que, para conocer la realidad, el sujeto observador debe desmarcarse del objeto observado. Sin duda este sorprendente razonamiento vino después de que los primeros grupos humanos estuvieran asentados, tuvieran una idea del mundo y modificaran su entorno inmediato. Sólo después se inventó la ciencia en los términos en que la conocemos (Kuhn, 1993: 20-32; Stengers, 1995). La ciencia es, como cualquier otra lógica estructuradora del pensamiento, una creación humana, una visión subjetiva en los mismos términos en los que lo es el paisaje.

Aceptar que el paisaje que se estudia depende de la subjetividad del observador, no significa que el enfoque cultural en geografía no sea riguroso. Mientras el lenguaje privilegiado de las ciencias exactas es matemático, el de la geografía cultural prefiere ser gramatical (aunque a menudo también matemático). Ambos lenguajes son rigurosos y siguen sus propias normas. Estas normas, junto con los alineamientos metodológicos que describimos anteriormente, constituyen una mejor manera de definir la actitud científica. Es el rigor lo que debe definir a la ciencia actual y no sólo la determinación cuantificable (Sauer, 1995: 94). Las ciencias exactas han contribuido sin duda a conocer mejor la realidad espacial pero es gracias a su rigor y no a la posición (objetiva) del observador (del investigador) lo que les ha dado éxito. Si aceptamos lo anterior, la geografía cultural representa una posición científica. Si no lo aceptamos, de todos modos la geografía cultural constituye un enfoque riguroso que permite comprender la complejidad de los paisajes producidos por la humanidad y aplicar este conocimiento en la toma de decisiones.

En síntesis, con lo dicho hasta aquí podemos acordar que el enfoque cultural en geografía estudia unidades llamadas «paisaje» y que tal concepto puede definirse como un espacio preciso compuesto de elementos físicos no desintegrados ya sean de origen natural o cultural (cuando un grupo social lo produce), o bien puede definirse como la representación de un espacio preciso (cuando lo describe o lo cartografía un investigador).

3. Aplicaciones y potencialidad del enfoque cultural en México y América Latina

Pocos saben que tres de los personajes centrales de la historia de la geografía cultural de tradición alemana trabajaron en México y reflexionaron sobre casos locales. Ellos fueron Friedrich Ratzel (1878), Franz Boas (1991) y Carl Sauer (1970), y las respectivas estancias fueron realizadas a fines del siglo XIX y principios del XX. Sus aportes al conocimiento del país quizá no tuvieron un peso decisivo en el contexto de su tiempo, pero para nosotros es significativo que los tres hayan decidido venir a observar nuestros paisajes. México ha ejercido un magnetismo singular para los estudios culturales debido a su composición originada en dos universos distintos: Occidente y América precolombina. Dicha riqueza cultural significa también riqueza natural, variables en el relieve, el clima, la vegetación y la fauna. Por un lado tenemos el ámbito mediterráneo en el que interactuaron culturas de muy distintos signos y procedencias (Attali, 1991; Braudel, 1997), y por el otro tenemos el México antiguo, una sucesión de contrastes altitudinales en donde floreció Mesoamérica con toda su complejidad (López Austin, 1989; De la Garza, 1992; Gruzinski, 1988 y 1999). Si bien esos tres geógrafos —Ratzel, Boas y Sauer— no son recordados por sus aportes al conocimiento de los paisajes mexicanos, sí lo son por su reflexión teórica en favor de la geografía cultural derivada de sus estancias en éste y otros ambientes. En la presente sección recogeremos los planteamientos centrales que hasta aquí hemos expuesto para revisar no sólo el caso de México sino también el desarrollo de este enfoque en otros países de América Latina.

3.1. Primeros paisajes biculturales

La mirada culturalista en América Latina no es nueva. Si bien es cierto que durante mucho tiempo la historiografía andina y mesoamericana, la virreinal y, en particular, la geografía de las áreas indígenas contemporáneas fueron desarrolladas desde una óptica absurdamente eurocentrista, los intentos por descifrar la dimensión espacial de las culturas locales ya tienen un trecho recorrido. El primer acierto ha sido desprenderse de las categorías de análisis territorial y de los valores éticos de Europa para entender la especificidad del universo indígena americano. El segundo ha consistido en aceptar que después del encuentro de esos dos mundos ajenos se comenzó a tejer un nuevo universo bicultural, definido por la producción de paisajes en los que se podrían detectar rasgos procedentes de sus culturas originales, pero también otros completamente inéditos que comenzarían a crear la nueva identidad mestiza. Cinco siglos después de la llegada de los europeos a las Antillas, la geografía cultural latinoamericana tiene por misión estudiar paisajes que siguen teniendo rasgos de dos culturas pero que son cada vez más definidos por su nueva identidad. Para estudiar el momento presente, nos parece indispensable recorrer el proceso mediante el cual se fue definiendo la nueva territorialidad.

Al llegar los españoles a Mesoamérica, aplicaron su imaginario medieval-renacentista para interpretar la realidad espacial que se mostraba ante sus ojos (Gruzinski, 1988 y 1999). Ellos miraban un territorio marcado por algunas —muy pocas— ciudades (como Cempoala, Cholula, Tenochtitlán o Zaachila) y por extensas tierras de vocación rural en las que vivía buena parte de la población. En la región andina miraron algo parecido: pocas ciudades concentradas (como Cuzco, Cajamarca o Quito) y grandes extensiones de poblamiento disperso. Las aglomeraciones fueron reconocidas por ellos efectivamente como ciudades, pero en el caso de las áreas sin núcleos urbanos de alta densidad arquitectónica y demográfica, su reconocimiento tuvo mayores problemas. Tomemos como ejemplo el área nahua en el México actual. En ella, todo asentamiento, desde una gran urbe como Tenochtitlán hasta un caserío disperso como Texcoco, recibían en náhuatl la categoría de *altepetl* (Licate, 1980; Córdova, 1997). Para un español del siglo XVI debe haber sido inconcebible la homologación

de estas dos realidades en una sola categoría espacial, de manera que la traducción de *altepetl* al castellano fue «pueblo» y fue también «ciudad» (Molina, 2001). Como veremos, los etnohistoriadores comenzaron a entender lo ocurrido casi cuatro siglos después y particularmente han desarrollado avances sustanciales en los últimos veinte años del siglo XX y los primeros del presente siglo. No obstante, los geógrafos se habían mantenido al margen de la discusión, una discusión de suyo geográfica en la medida que el tema se basa en el ordenamiento territorial y que invoca rasgos del paisaje. Esto último se hace evidente al traducir textualmente las raíces que componen el término *altepetl*; ellas son: *atl* (agua) y *tepetl* (cerro).

Con estos elementos del paisaje y con los conocimientos aportados por los historiadores, el enfoque cultural en geografía entra en acción; en un inicio sus exponentes no fueron geógrafos de formación. Hagamos una breve reconstrucción de la manera en que los especialistas de diversas disciplinas fueron adentrándose «en los pies del otro», metiéndose en los paisajes de los pueblos indígenas para entender la lógica de su organización territorial y diferenciarla de aquella acostumbrada en España.

En apartados anteriores hemos analizado la etimología germánica de paisaje (*Landschaft*) para entender cómo fue definido este concepto. En este apartado no podemos seguir sin revisar, así sea sucintamente, la etimología latina del término para entender cómo ha sido aplicado por los geógrafos que estudian áreas de esa filiación cultural. En lenguas latinas como el portugués, el francés y el italiano, el concepto de paisaje (*paisagem*, *paysage* y *paesaggio* respectivamente) aparece también a finales del siglo XVI y comienzos del XVII. En castellano, sin embargo, la representación del país en un lienzo o en un papel no se llamó paisaje sino hasta 1708 (Corominas, 1983: 433). Antes de eso, términos equivalentes fueron —según señala el historiador Marcelo Ramírez— el término «pintura» y la misma palabra «país» (Ramírez, 2006). La etimología de país es *pagus* y se refiere al pago o terruño «al que se está atendido» (Brunet *et al.*, 1992: 336). En la Edad Media, el pago es en efecto un «distrito agrícola», pero es también sinónimo de «pueblo o aldea» (Corominas, 1983: 433). En las fuentes documentales sobre los dominios coloniales de España en América, el término «pago» es habitual (Ramírez, 2006). Aun ahora, en países como Argentina y Uruguay, «pago» es la tierra rural entrañable a la que uno pertenece. Según el geógrafo Roger Brunet, el país es «una unidad de vida, de acción y de relación que corresponde más o menos al antiguo territorio tribal» (Brunet *et al.*, 1992: 336). Es la tierra donde uno nació y donde están enterrados los abuelos.

Ahora bien, regresemos al momento en que los especialistas enfocan sus estudios al área latinoamericana y comienzan a revelar algunos de los aspectos propios de esos paisajes. Varios países latinoamericanos deben a Adolf Bandelier el inicio de las reflexiones sobre la alteridad cultural y sobre la comprensión de la organización territorial. A la luz de la historia de la geografía cultural que hemos hecho en la primera parte, no es extraño que Bandelier haya nacido en un país de sensibilidad germánica (en Berna, Suiza) en un momento en el que el Romanticismo alemán ha llegado a su culminación (1840). Como Franz Boas, Bandelier terminó su formación en los Estados Unidos y realizó sus investigaciones en la América indígena. Las aportaciones más reconocidas de Bandelier se refieren a sus estudios sobre los pobladores del lago Titicaca (Bandelier, 1910), pero antes de trabajar en Ecuador, Bolivia y Perú, dejó honda huella en México. En este país, el etnólogo de origen suizo definió por primera vez las extensiones que correspondían a las distintas entidades político-administrativas (*calpultin*) que componían el *altepetl* (Bandelier, 1878). Respecto de la comprensión del paisaje indígena, fue Zelia Nuttall quien propuso, en 1899, que los edificios mesoamericanos construidos en piedra (que llamamos genéricamente pirámides) constituyen réplicas de montañas investidas de sacralidad. Ella propuso, además, los principios para entender los calendarios mesoamericanos en relación a la posición de los asentamientos, rasgo fundamental en la comprensión de la cosmovisión mesoamericana (Nuttall, 1970).

Fue necesario esperar casi ochenta años para ver aportaciones sustantivas tendientes a descifrar la territorialidad de los indios de Nueva España. Los etnohistoriadores Edward Calnek (1974) y Rudolf van Zantwijk (1976) realizaron un análisis pormenorizado de la periferia del núcleo urbano de México-Tenochtitlán en donde quedó clara la existencia de tales *calpolli* o barrios, asociados a dioses tutelares, y la importancia del *tecpan* o palacio. Charles Gibson (1975) y Pedro Carrasco (1976) hicieron estudios similares para otras regiones que permitieron hallar coincidencias. Mientras tanto, los arqueólogos William Sanders (1981) y Frederic Hicks (1982) descubrieron que el territorio del *altepetl* poseía igualmente áreas rurales intercaladas con las urbanas. El avance cualitativamente más importante se dio con los trabajos de Jack A. Licate (1980) Susan Schroeder (1991), Stephanie Wood (1991) y James Lockhart (1991, 1999), quienes clarificaron las características político-administrativas del *altepetl*: tener un *tlatoani*, cierta soberanía, una composición pluriétnica y una rotación en la organización social. Asimismo enunciaron algunos más de sus elementos urbanos: el *tianguis* (mercado) y los *calpolli* o *tlaxilacalli* (barrios), entre otros (Bernal-García *et al.*, 2006).

Décadas después, a la luz de los trabajos de Mircea Eliade, la antropóloga Doris Heyden (1981) amplió la propuesta de Nuttall tras estudiar el interior de la pirámide del Sol en Teotihuacán y llegar a la conclusión de que también las pirámides simbolizaban la montaña del origen llamada *Culhuacan* o *Chicomoztoc*, prominencia del relieve mítico donde los pueblos habían sido concebidos (Magaloni, 2003). Alfredo López Austin, en su importante obra *Cuerpo humano e ideología* (1989), explicó la estructura del cosmos mesoamericano como una gran isla-montaña que emerge de las aguas primigenias y cuyo plano horizontal está dividido en cuatro rumbos, uno por cada punto cardinal. Nuevamente siguiendo a Mircea Eliade, los historiadores desprendieron la conclusión de que cada ciudad, cada pueblo, es un microcosmos que reproduce, a una escala urbana, la estructura general del cosmos (Eliade, 1965; Vallega, 2003). En ese sentido, los mejores paisajes para establecerse fueron aquellos que se definían geográficamente por un cuerpo de agua (de preferencia un lago) en medio del cual había una isla-montaña, o bien las condiciones ecológicas y fisiográficas para encontrar en el paraje todos los elementos necesarios para la supervivencia (López Austin, 1999).

Esta relación ha sido estudiada con mayor profundidad por Ángel Julián García Zambrano, quien ha analizado los ritos de fundación de los asentamientos indígenas y las características topográficas de los sitios seleccionados para establecer los pueblos y ciudades (García Zambrano, 1992). De sus trabajos se desprende la idea de que el paisaje cultural de los pueblos mesoamericanos fue un paisaje sacralizado en donde los cerros y los cuerpos de agua desempeñaron un papel fundamental en la explicación del universo. García Zambrano ha propuesto incluso cierta estética del paisaje recurrente en los sitios donde se asentaron los *altepeme*:⁶ a una de estas formas del relieve la ha llamado «rinconada» y consiste en un paraje a manera de herradura protegido por elevaciones montañosas, y bien irrigado (García Zambrano, 2000: 23).

Complementario a lo anterior, Anthony Aveni (1991), Johanna Broda (1991), María Elena Bernal (1993) e Ivan Šprajc (2001) propusieron que la ubicación de los asentamientos prehispánicos tenía una relación clara con los movimientos del cielo y en particular con los del Sol, pues a partir de esa información astronómica se organizaba un calendario agrícola y urbano. Siguiendo su trabajo, el astrónomo Jesús Galindo ha estudiado varios edificios prehispánicos para darles su contexto en el movimiento de los astros (Galindo Trejo, 2001).

Con estas bases podemos hablar de toda una nueva generación de especialistas que se han dedicado al estudio de los paisajes llamados *altepetl*, tanto del tiempo prehispánico como de la época virreinal, momento en que se transformaron en «pueblos de indios». Su enfoque

6. *Altepeme* es una de las formas aceptadas para hacer el plural de *altepetl*.

coincide con el de la geografía cultural en la medida en que, para su estudio, se recurre a las prácticas enumeradas en la segunda sección de este capítulo: por principio de cuentas, se reconoce que los moradores desarrollan técnicas, herramientas y obras de arquitectura que les permiten producir un espacio material propio. Para fundarlo, dichos moradores se reconocieron en el terreno, se orientaron, hicieron marcas sobre él, le asignaron un nombre y crearon instituciones. Además, el *altepetl* fundado posee las cinco características reconocidas por el especialista para un paisaje cualquiera:

- a) El *altepetl* es un microcosmos que reproduce la estructura general del universo del que es centro.
- b) El *altepetl* es una entidad de larga duración construida con el trabajo de generaciones y que revela rasgos de sus distintas etapas, incluso hasta convertirse en «pueblo de indios».
- c) El *altepetl* es un espacio modelado tanto por la naturaleza como por la cultura.
- d) El *altepetl* es una extensión física más o menos medible con elementos igualmente constatables por medio de los sentidos.
- e) El *altepetl* posee una escala humana, caminable.

Debe advertirse sin embargo que estas similitudes no significan que *altepetl* y paisaje sean sinónimos.

Aunque en la práctica no haya sido intención de los especialistas detectar estas características propias del paisaje en sus estudios de caso, el hecho es que destacan varios trabajos que permiten conocer mejor el *altepetl*. Por ejemplo, el de Bernardo García Martínez (1987) sobre la sierra de Puebla, el de Danièle Dehouve (1995) sobre la montaña de Guerrero, el de James Lockhart (1999) sobre los nahuas, el de John Sullivan (1996, 1999) sobre Tlaxcala, el de René García Castro (1999) sobre la provincia Matlatzinca, los de Cayetano Reyes García (2000) y María Elena Bernal (2006) sobre Cholula, el de Pedro Bracamonte (2003) sobre el Yucatán colonial, el de Gerardo Gutiérrez (2003) sobre la Huasteca y la Mixteca, el de Ángel García Zambrano (2005) sobre Yecapixtla y los de Marcelo Ramírez (2002, 2006) sobre Tejupan. Asimismo debemos mencionar algunos de los importantes trabajos que analizan la relación sociedad-naturaleza bajo el cristal de las culturas de tradición indígena: además de los mencionados Anthony Aveny (1991) y Johanna Broda *et al.* (1991, 2001), contamos con los trabajos de Gabriel Espinosa (1996) sobre la cuenca de México, de Brigitte Bohem *et al.* (2002) sobre la cuenca Lerma-Chapala-Santiago, y Narciso Barrera Bassols *et al.* (2004), Sarah L. O'Hara (1993) y Christopher Fisher *et al.* (2000; 2003) sobre el lago de Pátzcuaro, entre otros.

Investigaciones realizadas en otros países ponen al descubierto que esta misma reducción operó, por ejemplo, en el área andina. Nos referimos a que la territorialidad indígena fue sustituida por una europea y que sólo siglos después se comenzó a rescatar el significado perdido. El caso de la llamada fortaleza de Chan chan, frecuentada por indios muchik, cupisnique, mochica, wari, chimú e incas, quedó sepultado por la importancia dada a la ciudad de Trujillo que ocupó su lugar político en el virreinato del Perú (Carrasco Coello, 2006).

Los paisajes del imperio inca cuyo asiento nodal fue Cuzco, en el actual Perú, han sido interpretados de manera convincente por Brian S. Bauer mediante la determinación de los llamados *ceques* que conforman un complejo sistema de organización geométrica radial en torno a la vieja ciudad de los incas. Este autor partió de un documento fechado en 1653 en donde se exponen las bases del sistema de *ceques* aunque supone que la información, en realidad, se generó un siglo atrás, cuando la lectura de ese paisaje indígena estaba más fresca en la memoria de las sociedades conquistadas (Bauer, 2000: 13). En 1990, al momento de iniciar su investigación, Bauer confrontó la información de sus fuentes con un meticuloso trabajo de campo en el que sus informantes le permitieron reconstruir las marcas que los incas habían dejado en el paisaje y que los españoles habían pasado por alto si no es que las habían satanizado.

Estas marcas pueden ser rasgos geomorfológicos como manantiales, prominencias rocosas y pasos montañosos, o bien rasgos artificiales como pozos, tumbas o templos. En todo caso, se trataba de un paisaje cultural con el que el cosmos se ordenaba sobre el plano terrestre mediante estas marcas llamadas, en lengua quechua, *huacas* (Bauer, 2000: 24); el actual territorio peruano está lleno de ellas. El sistema consiste, pues, en una serie de haces radiales que dividen tanto el universo como el paisaje inca en cuatro rumbos que, juntos, conforman el Tahuantinsuyo. «El sistema de ceques del Cuzco [dice Bauer] jugaba un papel importante en la identidad de estos grupos, así como en la unificación de la población de la zona».

Con esta afirmación, Bauer pone de manifiesto la no-desintegración del paisaje entre lo humano y lo natural al entender de los pueblos andinos. Y es que el sistema no fue privativo del Cuzco sino que fue practicado en otros paisajes tanto de Perú, (por ejemplo Huanuco) como de Bolivia (por ejemplo, Sajama) (Bauer, 2000: 173). Las similitudes con la estructura del cosmos mesoamericano en donde el *altepetl* funciona como un centro a partir del cual el universo se divide en cuatro rumbos, son evidentes. Ante estas geometrías cósmicas, la cultura cristiana de los españoles fue frecuentemente insensible.

Otro estudio digno de mención es el realizado por Alfredo Lozano Castro para entender, desde la óptica cultural, la historia prehispánica y colonial de Quito, en el Ecuador. Si tenemos presente el excelente estudio de Bauer para Cuzco, es más fácil comprender el publicado por Lozano años atrás. En dicho estudio, Lozano expone que Quito fue igualmente el centro de un sistema en torno al cual se estructuraban cuatro rumbos cósmicos que tenían también marcas sobre el plano terrestre para los indígenas pastos, quillacingas, quitos, caranquis y cayambes (Lozano, 1991: 54). Sobre el macizo de Pambamarca, donde se ubica Quito, los grupos locales construyeron una serie de *pucarás* o fortalezas acomodadas en semicírculo, de manera que, a partir de ellas, el autor intenta reconstruir un sistema muy similar al hallado en el caso peruano. Los casos andinos cumplen sin duda también con las cinco características arriba mencionadas que tiene el paisaje, objeto de estudio de la geografía cultural.

La reconstrucción sobre paisajes históricos está perfectamente conectada con los estudios de paisajes culturales contemporáneos. Al respecto se pueden destacar los trabajos de Wayne Joseph Robins sobre el Paraguay oriental para entender las prácticas agrícolas de los indígenas chiripá en el contexto de su visión sobre el mundo. Igualmente ha movido a los investigadores la idea de contribuir a dotar de argumentos a dichos pueblos para la defensa de su patrimonio y de sus tierras, es decir, para preservar los paisajes que ellos han construido a través de las generaciones (Robins, 1999). En el apartado siguiente veremos que la expresión cartográfica ha producido conocimientos antes inalcanzables sobre la territorialidad de los pueblos indígenas en nuestros países.

3.2. Geografía y cartografía académicas

En América Latina existe un reconocimiento tácito del desarrollo de la geografía brasileña. A diferencia del resto de los países del área, en Brasil hay más de 150 formaciones universitarias que se encaminan a licenciar geógrafos, además de 25 másters y seis doctorados (Corrêa *et al.*, 2004). Su producción académica es una de las más vastas destacando en ello los geógrafos de las universidades de São Paulo y Federal de Río de Janeiro. No obstante, el surgimiento de un enfoque emparentado con la Nueva Geografía Cultural no se da sino hasta la primera mitad de los años noventa, en que se instituye el *Núcleo de estudos e pesquisas sobre espaço e cultura* (NEPEC) en la Universidad Estatal de Río, animado por Zeny Rosendahl, cuyas investigaciones se centran en la relación entre espacio y religión. Se puede decir que el enfoque utilizado tanto en los artículos escritos por brasileños en la revista *Espaço e Cultura* como en la colección de libros coordinada por el NEPEC, deriva de aquél utilizado por Paul

Claval y otros geógrafos franceses (Corrêa *et al.*, 2004: 3). En temas de Geografía Humana, Brasil, como la mayoría de los países de América Latina, se ha dejado influenciar más por Francia que por la geografía anglosajona aunque, en el caso concreto que nos ocupa, debemos reconocer que también el impulso de la *New Cultural Geography* está presente.

En otros países latinoamericanos el desarrollo del enfoque cultural desde la geografía ha sido también reducido. En Perú se han hecho estudios sobre el espacio urbano que intentan describir la percepción que los actores cotidianos tienen sobre él. En particular, algunos geógrafos de la Universidad Nacional de San Marcos han obtenido información sobre los aspectos percibidos como negativos o positivos por la población que frecuenta las plazas mayores.⁷ En Colombia, donde la geografía parece tener un nuevo impulso con la creación de nuevas carreras universitarias (como en Montería) y de nuevas revistas (como *Geotrópico*), los trabajos sobre el tema han comenzado por realizar una versión de la historia que describimos en la primera sección (Delgado, 2003; Rucínque, 1990). En México, primer país en donde se instituyeron cátedras de Geografía en el continente (Moncada, 2003: 61) y cuya Sociedad de Geografía es una de las más antiguas del mundo (Azuela, 2002), la geografía cultural no conoce un desarrollo destacable. Artículos aislados y poco estructurados evocan el tema pero no ofrecen un *corpus* sistematizado de conocimientos ni métodos.⁸ Tampoco se tienen estudios de caso en donde se observe un fundamento geográfico cultural de solidez.⁹ Quizá los trabajos de Alejandro Velázquez *et al.* (2003) sobre Nuevo San Juan Parangaricutiro, de Narciso Barrera *et al.* (2005) sobre etnoecología en Yucatán y de Antoinette Winkler Prins *et al.* (2004) sobre etnopedología son ejemplos de excepción. Otros especialistas ajenos a la geografía han contribuido, sin embargo, al conocimiento de la territorialidad mexicana. Gilberto Giménez ha profundizado en la noción de territorio desde la óptica cultural y en menor medida lo ha hecho Maya Lorena Pérez (Giménez, 1996; Pérez, 2003: 156). También sobresalen los trabajos sobre antropología urbana realizados por estudiosos como Néstor García Canclini (2005), María Ana Portal (2001) y Miguel Ángel Aguilar *et al.* (2001). En las reflexiones sobre antropología urbana destaca la pluriculturalidad de los espacios en las grandes ciudades como México o Guadalajara y en aquéllas de las zonas fronterizas como Tijuana.

A pesar de los trabajos destinados a describir el uso de los espacios por los distintos pueblos que conforman los países latinoamericanos, los avances más significativos en las últimas décadas han venido de la cartografía. Por un lado, el análisis de los mapas y códigos pintados tanto en el siglo XVI como en épocas coloniales más tardías reflejan, al menos parcialmente, la manera en que los grupos indígenas entendían su espacio. Renglones atrás expusimos que la noción de paisaje en el siglo XVI novohispano existió bajo los términos «país» y «pintura». Pues bien, estos países o pinturas han sido examinados por historiadores del arte y recientemente por geógrafos para hallar nuevos datos sobre la territorialidad del *altepetl* en general y de los casos particulares para los que se han encontrado muestras en los archivos. Se trata, en realidad, del estudio de mapas en el sentido más amplio del término (Brunet *et al.*, 1992: 82; Mundy, 1996). Una de las compilaciones más importantes de fuentes coloniales que describen paisajes y que se acompañan de cartografía es la conocida como *Relaciones geográficas del siglo XVI*, presentada y comentada por René Acuña (1984-1988).

7. Nos referimos a los estudios sobre Trujillo de María del Carmen Carrasco, sobre Arequipa de Katarzyna Goluchowska, sobre Cuzco de Nicole Bernet y sobre Lima de Hildegardo Córdova. Véase García Zarza (2006).

8. Algunos artículos que sugieren la temática son: Romero Contreras (2000); Gómez Rojas (2001) y López Levi (2003).

9. Dos estudios de caso que parten en principio de un enfoque geográfico cultural son el de Liliana López Levi (1999) sobre centros comerciales y el de Federico Fernández Christlieb (2002) sobre la Ciudad de México en la época neoclásica. Asimismo puede mencionarse el libro sobre territorio y cultura en la Ciudad de México coordinado por los geógrafos Javier Delgado y Blanca R. Ramírez (1999).

Un paso más ha sido dado por quienes han interpretado este tipo de mapas antiguos y códices de manufactura indígena para entender la territorialidad, entre los que destacan los de Barbara Mundy (1996), Carmen Aguilera (2001), Perla Valle (1994), Karl Butzer *et al.* (2003), Mercedes Montes de Oca *et al.* (2003) y Marcelo Ramírez (2002, 2006).

Otra vertiente cartográfica de creciente interés es aquella que consiste en acudir a los propios actores de la territorialidad y solicitarles que construyan ellos mismos un mapa. En principio, esta actividad reproduce aquella que dio lugar a las citadas *Relaciones geográficas* y que fue inducida hace más de 400 años por la corona española para hacerse una idea más amplia de los territorios que dominaban en América. En el caso de la Nueva España, los alcaldes y corregidores españoles pidieron a los escribanos indígenas, a partir de 1577, que dibujaran las tierras de sus respectivos pueblos con las técnicas ancestrales que les eran familiares (Acuña, 1984-1988; Mundy, 1996). En los casos contemporáneos, los investigadores solicitan a las comunidades que realicen ese mismo ejercicio asistidos de tecnología digital. Para ello se recorren las tierras que se consideran como de su dominio provistos de aparatos GPS (sistema de posicionamiento global) que van georreferenciando los puntos indicados por los informantes de tal suerte que el mapa que resulta puede ser muy distinto al de la carta temática convencional. En esta última pueden aparecer las eminencias montañosas, los cuerpos superficiales de agua, los campos de cultivo, las manchas boscosas, las carreteras, la urbanización, los tendidos eléctricos, etc. Pero si para la comunidad éstos no son los aspectos relevantes, entonces el resultado, igualmente exacto pero distinto, nos revela otra geografía. En esta cartografía producida por la cultura local pudieran ser destacados, por ejemplo, sólo algunos cerros de forma peculiar, algunos puntos donde se sabe que existe agua subterránea, algunos parajes donde no se debe caminar por temor a adquirir algún mal, algunas cuevas y barrancas con connotaciones sagradas, algunos sitios donde crece profusamente una planta medicinal, el rumbo por el que huyó un personaje legendario, etc. Como se puede deducir, la información de estos mapas indígenas resulta muy distinta porque su mundo percibido es diferente al que creen ver nuestros ojos occidentales. Se trata de mapas que expresan una realidad y que son tan funcionales y precisos como los nuestros, pero para poderlos leer hace falta estar empapados de la cultura local. Este ejercicio de cartografía con métodos participativos que tiene como objetivo, por un lado, conocer mejor la cultura de esos pueblos y, por otro, dar a las comunidades una herramienta para defender sus tierras, ha sido practicado en varios países de América Latina.

Debemos a Mac Chapin y Bill Threlkeld la sistematización de una serie de pasos para obtener mapas producidos por comunidades indígenas latinoamericanas. Chapin propone la organización de talleres para familiarizar tanto a la comunidad en cuestión como al equipo externo de interesados en la cartografía y para realizar propiamente los mapas participativos. Estos talleres se alternan con trabajo de campo igualmente participativo (Chapin *et al.*, 2001). Con estos planteamientos iniciales, se han producido trabajos de gran valor por la información cultural que desvelan.

En Perú, por ejemplo, Shinai, una ONG de origen británico que ha crecido localmente, inició desde el año 2002 varios proyectos en comunidades indígenas que incluyen realizar la cartografía de las tierras que consideran de su dominio (Shinai, 2004). Este tipo de iniciativas, a nuestro parecer, recogen todas las virtudes del enfoque cultural en geografía que hemos venido reseñando a lo largo de este capítulo y que podemos listar de la siguiente manera:

a) El observador:

- Apela a las experiencias tanto de las ciencias sociales como de las exactas.
- Intenta posicionarse en los pies del actor u habitante del territorio.
- Invita a que sean los actores mismos quienes hablen de la construcción de su propia geografía.

- Se adentra en la complejidad a escalas distintas de manera simultánea.
- Adquiere un compromiso con la causa investigada que muy frecuentemente se traduce en la adopción de una posición política.

b) El producto obtenido:

- Refleja de una manera más apegada la versión que los propios actores tienen de su entorno.
- Constituye la síntesis de una visión local que señala puntos físicos reconocibles en el terreno cuyo significado puede ser múltiple.
- Esboza límites que los pobladores asumen para defensa de sus tierras en conflictos presentes y futuros.
- Revela valores culturales locales ocultos en estudios convencionales.
- Permite entender mucho mejor la historia ambiental de un lugar.

Advirtiendo estas virtudes desde el siglo XIX y principios del XX, Franz Boas solicitó en sus estancias en trabajo de campo que sus informantes bosquejaran mapas sencillos de su territorio. Sin embargo, no fue sino hasta los años setenta que esta práctica fue sistematizada por algunos estudiosos de los pueblos nativos del Canadá y de Alaska. Recientemente, el mismo Chapin ha pasado revista a las regiones del mundo cubiertas por este tipo de mapas. En América Latina ha habido proyectos de cartografía participativa en Belice, Nicaragua, Honduras, Panamá, Venezuela, Guyana, Surinam, Brasil, Ecuador, Colombia y Bolivia, además de Perú (Chapin, 2005). El objetivo, en todos estos casos, ha sido promover la defensa de las tierras de dichas comunidades acosadas por la voracidad de las compañías extractoras de hidrocarburos, madera y otras materias primas, así como la presión de otros actores políticos como el gobierno nacional o las comunidades vecinas.

Como evidencia Chapin, en México no se han desarrollado estudios de cartografía participativa. No obstante, para mediados de 2005 había ya la inquietud de dos grupos académicos por ejecutar proyectos relacionados con este fin: por un lado, Peter H. Herlihy de la Universidad de Kansas comenzó a trabajar con personal de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí en la Huasteca y, por el otro, Mike K. McCall, del *International Institute for Geo-Information Science and Earth Observation* de Holanda, introdujo el modelo en la Unidad Académica de Morelia del Instituto de Geografía de la UNAM para trabajar en colaboración con Narciso Barrera Bassols y Pedro Sergio Urquijo, académicos de dicha universidad.

Si comparamos lo hecho en América Latina con la gran tradición en geografía cultural desarrollada en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, podríamos pensar que hay un gran trecho por recorrer en nuestros países. Quizá sea así desde una visión académica y organizativa; sin embargo, los países latinoamericanos que han comenzado a mirar su propia territorialidad de una manera más crítica y desde un enfoque cultural, sin importar si sus estudiosos pertenecen o no a la academia, tienen la ventaja de formar parte de la misma cultura que están estudiando, de manera que se evitan extrapolaciones y adecuaciones que en ocasiones llegan a desvirtuar el análisis. En las conclusiones de este capítulo listaremos una serie de necesidades que no debemos perder de vista para desarrollar con mayor profundidad el enfoque cultural en Geografía.

4. Conclusiones

La geografía cultural canta a la diversidad. El enfoque cultural en geografía es una posición desde la cual el geógrafo, el estudioso del espacio, admira, valora y defiende esa diversidad manifiesta en todos los paisajes de la superficie terrestre. A manera de epílogo, enumeraremos las tareas a las que debe abocarse el estudioso de la geografía cultural según las prioridades que parecen reconocerse en la amplitud latinoamericana.

1. Reconocer que la diversidad natural y cultural del mundo constituyen riquezas invaluableles que el enfoque cultural en geografía debe asumir como objetos de su estudio (Vallega, 2001).

2. Aceptar que la geografía cultural pretende comprender las razones que llevan a los grupos culturales a actuar sobre su territorio del modo en que lo hacen, a respetar dichas razones y apreciarlas como valores que enriquecen al mundo. Lo anterior no significa callar ante las prácticas territoriales realizadas por ciertos grupos cuando éstas atentan precisamente contra la diversidad. Por ello el geógrafo está atento a las actividades que vulneran el ambiente natural, el patrimonio cultural y el derecho de los pueblos a ser diferentes.

3. Devolver un significado político a la geografía; impulsar una actitud crítica hacia los planes de desarrollo regional o hacia las intervenciones carentes de ellos. Informar a las comunidades implicadas sobre el valor estratégico de sus recursos. Esto es, reconocer en la tarea del geógrafo un compromiso político (Lacoste, 1977; Bassols, 1985).

4. Estudiar las etnogeografías, esto es, identificar: los sistemas de orientación construidos, las redes de topónimos establecidas, la manera en que los grupos utilizan su ambiente y los sistemas de relaciones sociales que organizan el espacio (Claval, 2001a: 23-24). Explorar asimismo las *cibergeografías* y el impacto de Internet como posible modificador de concepciones espaciales (Picon, 1998; Falconer, 2001).

5. Utilizar diferentes escalas dependiendo del énfasis que queramos destacar. Por un lado resulta fundamental emplear una escala de análisis local y tomar en cuenta las trayectorias individuales. Al mismo tiempo, no debemos perder de vista que la geografía se interesa por colectividades, por comunidades de individuos que comparten concepciones y percepciones del espacio y que se ubican como centros de regiones más amplias para las que es necesario emplear escalas menores. Valorar la pertinencia del concepto «globalización» (Baricco, 2002).

6. Estudiar los procesos culturales en lapsos de larga duración sin perder de vista el papel que desempeñan los individuos —entidades de corta duración— en el interior de su grupo. Acercarse al estudio de la arqueología y de la geomorfología como disciplinas que estudian marcas de larga duración sobre el paisaje (Lugo, 2004).

7. Vincular los estudios conducidos por geógrafos con aquéllos desarrollados por antropólogos y servirse de la experiencia de estos últimos en materia de trabajo de campo participativo. Propiciar asimismo el acercamiento de los antropólogos y otros especialistas a los métodos y técnicas propios de la geografía, pues sorprende el desconocimiento mutuo, al menos en nuestro país.

8. Reorientar las tecnologías punta reconocidas como «geográficas» (percepción remota, sistemas de información geográfica, empleo de GPS) hacia el campo de las ciencias sociales para combatir la creencia generalizada de que la Geografía actual sirve para precisar aspectos estudiados por las «ciencias exactas».

9. Hacer un uso más óptimo de los recursos cartográficos, no sólo del estudio de mapas que representan diversos campos temáticos y distintas épocas, sino de la cartografía participativa que revela nuevas geografías (Córdoba, 2001; Denniston, 1994; Chapin, 2005).

10. Reconocer la utilidad social de la geografía cultural mediante la aplicación de sus resultados de distintas formas: información para que las comunidades estudiadas conozcan sus derechos territoriales en el marco de la legislación vigente y expresen su deseo de recibir o rechazar inversiones externas; información para que las entidades gubernamentales midan el alcance de sus proyectos de ordenamiento territorial e información para que terceros conozcan espacios culturales que les son extraños.

Bibliografía

- ACUÑA, René (1984-1988), *Relaciones geográficas del siglo XVI*, 10 vols., México, IIA, UNAM.
- AGUILAR, Miguel Ángel, Amparo SEVILLA y Abilio VERGARA (coords.) (2001), *La ciudad desde sus lugares*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Porrúa/Conaculta.
- AGUILERA, Carmen (2001), *Códices de México*, México, Consejo Nacional de ciencia y Tecnología.
- ANDERSON, Kay, Mona DOMOSH, Steve PILE y Nigel THRIFT (eds.) (2003), *Handbook of Cultural Geography*, Londres, Sage Publications.
- ANDREOTTI, Giuliana (2005), «Géographie historique et paysage», en: Philippe Boulanger y Jean-René Trochet (dirs.), *Où est la géographie historique?*, París, L'Harmattan/Laboratoire Géographie et Cultures, Université de Paris IV-Sorbonne.
- ARNOLD, David (2000), *La naturaleza como problema histórico*, México, FCE.
- ATTALI, Jacques (1991), *1492*, París, Librairie Arthème Fayard.
- AVENY, Anthony F. (1991), *Observadores del cielo en el México antiguo*, México, FCE.
- AZUELA, Bernal L.F. (2002), *Institucionalización de las ciencias de la tierra en México a finales del siglo XIX*, tesis de doctorado en geografía, México, FF y L, UNAM.
- BAKER, Alan R.H. y Gideon BIGER (eds.) (1992), *Ideology and Landscape in Historical Perspective. Essays on the meanings of some places in the past*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BANDELIER, Adolf F. (1878), «On the Distribution and Tenure of Lands and the Customs with Respect to Inheritance Among the Ancient Mexicans», en: *Eleventh Annual Report of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, Cambridge, Salem Press.
- (1910), *La isla Titicaca Koati*, La Paz, Taller tipógrafo de J.M. Gamarra.
- BARICCO, Alessandro (2002), *Next. Sobre la globalización y el mundo que viene*, Barcelona, Anagrama.
- BARRERA-BASSOLS, Narciso y Alfred ZINCK (2004), «“Land Moves and Behaves”: Indigenous Discourse on Sustainable Land Management, in Pichataro, Patzcuaro Basin, Mexico», *Geografiska Annaler*, 85, A 3-4, pp. 229-245.
- y Víctor TOLEDO (2005), «Ethnoecology of the Yucatec Maya: Symbolism, Knowledge and Management of Natural Resources», *Journal of Latin American Geography*, 4 (1).
- BASSOLS BATALLA, Ángel (1985), *Geografía, subdesarrollo y marxismo*, México, Nuestro tiempo.
- BAUER, Brian S. (2000), *El espacio sagrado de los Incas. El sistema de ceques del Cuzco*, Perú, Centro de estudios regionales andinos Bartolomé de las Casas.
- BEGUIN, Hubert (1992), «La localisation des activités banales», en: Antoine Bailly, Robert Ferras y Denise Pumain (dirs.), *Encyclopédie de Géographie*, París, Economica, pp. 515-532.
- BENDER, Barbara (ed.) (1995), *Landscape: politics and perspectives*, Providence y Oxford, Berg.
- BERNAL, John D. (1954), *La ciencia en la historia*, México, UNAM.
- BERNAL GARCÍA, María Elena (1993), *Carving Mountains in a Blue/Green Bowl: Mythological Urban Planning in Mesoamerica*, Ph. D. Thesis, Department of Art History, Austin, Texas, University of Texas at Austin.
- y Ángel Julián GARCÍA ZAMBRANO (2006), «El altepetl colonial y sus antecedentes prehispánicos: contexto teórico-historiográfico», en: Federico Fernández Christlieb y Ángel Julián García Zambrano (coords.), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, Instituto de Geografía UNAM-FCE (en prensa).
- BERQUE, Augustin (1986), *Le sauvage et l'artifice. Les Japonais devant la nature*, París, Gallimard.
- (1990), *Médiance: de milieux en paysages*, Montpellier, Géographiques Reclus.
- (1992), «Espace, milieu, paysage, environnement», en: Antoine Bailly, Robert Ferras y Denise Pumain, *Encyclopédie de la géographie*, París, Economica, pp. 351-364.
- (2000), *Écoumène. Introduction à l'étude des milieux humains*, París, Belin.

- BLAUT, James M. (1994), «Diffusionism: a uniformitarian critique», en: Kenneth E. Foote *et alii* (eds.), *Re-reading Cultural Geography*, Austin, University of Texas Press, pp. 173-190.
- BLIJ, H.J. de y Alexander B. MORPHY (1998), *Human geography: culture, society, and space*, Nueva York, Wiley.
- BLOCH, Marc (1988), *Introducción a la Historia*, México, FCE.
- BOAS, Franz (1964), *Cuestiones fundamentales de la Antropología Cultural*, Buenos Aires, Solar/Hachette.
- (1991), *Curso de Antropología General*, México, Universidad Autónoma de Querétaro.
- BOEHM SCHOENDUBE, Brigitte, Juan Manuel DURÁN JUÁREZ, Martín SÁNCHEZ RODRÍGUEZ y Alicia TORRES RODRÍGUEZ (2002), *Los estudios del agua en la cuenca Lerma-Chapala-Santiago*, México, El Colegio de Michoacán, A.C.
- BONNEMAISON, Joël (2000), *La géographie culturelle*, París, Éditions du CTHS.
- BOSQUE MAUREL, Joaquín y Francisco ORTEGA ALBA (1995), *Comentario de textos geográficos*, Barcelona, Oikos-Tau.
- BRACAMONTE Y SOSA, Pedro (2003), *Los mayas y la tierra. Propiedad indígena en el Yucatán colonial*, México, CIESAS/ICY/Porrúa.
- BRAUDEL, Fernand (1996), *La historia y las ciencias sociales*, México, Alianza.
- (1997), *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE.
- BRODA, Johanna (1991), «Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros en Mesoamérica», en: Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (eds.), *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 461-500.
- , Félix BÁEZ-JORGE (2001), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, FCE.
- BRUNET, Roger, Robert FERRAS y Hervé THÉRY (1992), *Les mots de la géographie*, Montpellier, Reclus-La documentation française.
- BRUNHES, Jean (1984), «L'adaptation humaine aux conditions géographiques», en: Philippe Pinchemel, Marie Claire Robic y Jean-Louis Tissier, *Deux siècles de géographie française*, París, C.T.H.S., pp.100-104.
- BUTTNER, Anne (2004), «Torsten Hägerstrand», *Investigaciones Geográficas*, boletín 54, pp. 166-167.
- BUTZER, Karl W. (1994), *Archaeology as human ecology: Method and theory for a contextual approach*, Cambridge University Press.
- y Barbara J. WILLIAMS (2003), «Addendum: Three Indigenous maps from New Spain dated ca. 1580», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 82, Issue 3, *The Americas before and after 1492: Current geographical research*, pp. 536-542.
- CABANNE, Claude (1992), *Lexique de Géographie Humaine et économique*, París, Dalloz.
- CALNEK, Edward E. (1974), «Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlán», en: Edward E. Calnek, Woodrow Borah, Alejandra M. Toscano, K. Davies y Luis Unikel (eds.), *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, México, Sepsetentas.
- CAPEL, Horacio (1988), *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*, Barcelona, Barcanova.
- CARRASCO, Pedro (1976), «Estratificación social indígena en Morelos durante el siglo XVI», en: Pedro Carrasco, Johanna Broda *et alii* (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, México, SEP-INAH-CIESAS.
- CARRASCO COELLO, María del Carmen (2006), «La plaza mayor de Trujillo. Lugar de convergencia cultural y funcional», en: Eugenio García Zarza, *La plaza mayor de Salamanca. Importancia urbana y relación con plazas mayores hispanoamericanas*, Salamanca, Unión Europea (en prensa).
- CHALMERS, Alan F. (1987), *Qu'est-ce que la science?*, París, La Découverte.
- CHAPIN, Mac y Bill THRELKELD (2001), *Indigenous Landscapes. A Study in Ethnocartography*, Arlington, VA., Center for the Support of Native Lands.

- , Zachary LAMB y Bill THRELKELD (2005), «Mapping indigenous land», *The Annual Review of Anthropology*, n.º 34, pp. 619-638.
- CHILDE, Gordon V. (1971 [1936]), *Los orígenes de la civilización*, México, FCE.
- CLARK, Aurrey N. (1998), *The Penguin Dictionary of Geography*, Penguin Books.
- CLAVAL, Paul (1995), *La géographie culturelle*, París, Nathan.
- (1996), *Histoire de la géographie*, París, Presses Universitaires de France.
- (1998), *Histoire de la Géographie française de 1870 á nos jours*, París, Nathan.
- (2001a), «Champ et perspectives de la géographie culturelle dix ans après», *Géographie et Cultures*, n.º 40, París, L'Harmattan, pp. 5-28.
- (2001b) «Cultures et civilisations. Un essai d'interprétation géographique», *Géographie et Cultures*, n.º 40, invierno, París, CNRS.
- (2001c), *Épistémologie de la géographie*, París, Nathan.
- COPANS, Jean (1996), *Introduction à l'ethnologie et à l'anthropologie*, París, Nathan.
- CÓRDOBA Y ORDÓÑEZ, Juan (2001), «Geografía y cartografía: reflexiones sobre el *status científico* de una simbiosis necesaria», en: José Luis Palacio Prieto y María Teresa Sánchez Salazar (eds.), *Geografía para el tercer milenio*, México, Instituto de Geografía, UNAM, pp. 37-50.
- CÓRDOVA, Carlos E. y Jeffrey R. PARSONS (1997), «Geoarchaeology of an Aztec Dispersed Village on the Texcoco Piedmont of Central Mexico», *Geoarchaeology: An International Journal*, vol. 12, n.º 3, pp. 177-210.
- COROMINAS, Joan (1983), *Breve Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos.
- CORRÊA, Roberto Lobato y Zeny ROSENDAHL (2004), «Brazilian studies in cultural geography», *Social & Cultural Geography*, vol. 5, Issue 4, pp. 651-662.
- COSGROVE, Denis (1984), *Social formation and symbolic landscape*, Londres, Croom Helm.
- (1999), *Mappings*, Londres, Reaktion Books.
- (2002), «Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, n.º 34, pp. 63-89.
- (2003), «Landscape and the European Sense of Sight-Eyeing Nature», en: Kay Anderson, Mona Domosh, Steve Pile y Nigel Thrift (eds.), *Handbook of Cultural Geography*, Londres, Sage Publications.
- CRANG, Mike (1998), *Cultural geography*, Londres y Nueva York, Routledge.
- DARWIN, Charles (1985 [1859]), *The origin of species*, Londres, Penguin Classics.
- DE LA GARZA, Mercedes (1992), *En torno al Nuevo Mundo*, México, FF y L, UNAM.
- DEAR, Michael J. y Steven FLUSTY (2002), *The spaces of postmodernity, readings in Human Geography*, Oxford, UK/Massachusetts, USA, Blackwell.
- DEHOVE, Daniele (1995), *Hacia una historia del espacio en la montaña de Guerrero*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- DELGADO, Javier y Blanca R. RAMÍREZ (coords.) (1999), *Transiciones: la nueva forma territorial de la Ciudad de México*, México, Plaza y Valdés editores y UAM.
- DELGADO MAHECHA, Ovidio (2003), *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*, Universidad Nacional de Colombia.
- DENNISTON, Derek (1994), «Defending the land with maps», *World Watch*, enero-febrero, pp. 27-32.
- DESCOLA, Philippe (2001), «Construyendo naturalezas», en: Philippe Descola y Gísli Pálsson, *Naturaleza y sociedad: perspectivas antropológicas*, México, Siglo XXI.
- DOLLFUS, Olivier (1971), *L'analyse géographique*, París, Presses Universitaires de France.
- DROSTE, Bernd von, Herald PLACHTER y Mechtild RÖSSLER (1995), *Cultural Landscapes of Universal Value*, Stuttgart/Nueva York, Gustav Fischer/UNESCO.
- DUBOS, René (1975), *El hombre en adaptación*, México, FCE.
- DUNCAN, James S. (1980), «The superorganic in American cultural geography», *Annals of the Association of American geographers*, vol. 70, 2, pp. 181-198.

- (1990), *The city as text: The politics of landscape interpretation in the Kandyan Kingdom*, Cambridge University Press.
- (1992), «Re-presenting the Landscape: problems of reading the intertextual», en: L. Mondada et alii, *Paysage et crise de la lisibilité*, Université de Lausanne.
- ELIADE, Mircea (1965), *Le sacré et le profane*, París, Gallimard.
- (1969), *Le mythe de l'éternel retour*, París, Gallimard.
- ELIAS, Norbert (1999), *Los alemanes*, México, Instituto Mora.
- ESPINOSA PINEDA, Gabriel (1996), *El embrujo del agua: el sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana*, México, IIA, UNAM.
- FALCONER DE LA MUELA, Tannia (2001), *Ciberespacio, un espacio geográfico*, tesis de licenciatura en Geografía, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Federico (1992), *Las modernas ruedas de la destrucción, el automóvil en la ciudad de México*, México, El Caballito.
- (1999), *Mexico, ville néoclassique: les espaces et les idées d'aménagement urbain, (1783-1911)*, París, L'Harmattan.
- y Ángel Julián GARCÍA ZAMBRANO (coords.) (2006), *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, Instituto de Geografía UNAM-FCE (en prensa).
- FISHER, Christopher T. (2000), *Landscapes of the lake Pátzcuaro Basin*, PhD Thesis, University of Wisconsin-Madison.
- , Helen POLLARD, Isabel SRADE-ALCÁNTARA, Víctor H. GARDUÑO-MONROY y Subir K. BANERJEE (2003), «A reexamination of human-induced environmental change within the lake Pátzcuaro Basin, Michoacán, México», *Proceeding of the national academy of sciences of the United States of America*, vol. 100, n.º 8, pp. 4.957-4.962.
- FOOTE, Kenneth E. et alii (eds.) (1994), *Re-reading Cultural Geography*, Austin, University of Texas Press.
- FOUCAULT, Michel (1988), *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI.
- FRÉMONT, Armand (1976), *La région, espace vécu*, París, Presses Universitaires de France.
- GALINDO TREJO, Jesús (2001), «La observación celeste en el pensamiento prehispánico», *Arqueología Mexicana*, n.º 47.
- GARANGER, José (2002), *La prehistoria en el mundo*, Madrid, Akal textos.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (coord.) (2005), *La antropología urbana en México*, México, FCE.
- GARCÍA CASTRO, René (1999), *Indios, territorio y poder en la provincia matlatzinca. La negociación del espacio político de los pueblos otomianos, siglos XV-XVII*, México, El Colegio Mexiquense/CONACULTA/INAH/CIESAS.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo (1987), *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México.
- GARCÍA ZAMBRANO, Ángel Julián (1992), «El poblamiento de México en la época del contacto (1520-1540)», *Mesoamérica*, Plumsock Mesoamerican Studies/Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica, año 13, cuaderno 24.
- (2000), «Antagonismos ideológicos de la urbanización temprana en la Nueva España», en: Maruja Redondo Gómez y Ana Meléndez Crespo (eds.), *Estudios históricos de arquitectura y diseño*, n.º 5, México, Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco.
- GARCÍA ZARZA, Eugenio (2006), *La plaza mayor de Salamanca. Importancia urbana y relación con plazas mayores hispanoamericanas*, Salamanca, Unión Europea (en prensa).
- GENTELLE, Pierre (1992), «Géographie et archéologie», en: Antoine Bailly, Robert Ferras y Denise Pumain (dirs.), *Encyclopédie de Géographie*, París, Economica.
- GIBSON, Charles (1975), «A survey of middle American prose manuscripts in the native historical tradition», en: Howard F. Cline (ed.), *Handbook of middle American Indians guide to ethnohistorical sources*, vol. 15, part 4, Austin, University of Texas Press, pp. 311-321.

- GIDDENS, Anthony (1998 [1984]), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- GIMÉNEZ MONTIEL, Gilberto (1996), *Territorio y cultura*, México, Universidad de Colima.
- GÓMEZ ROJAS, Juan Carlos (2001), «La experiencia cultural del espacio: el espacio vivido y el espacio abstracto. Una perspectiva ricoeureana», *Investigaciones Geográficas, Boletín del Instituto de Geografía de la UNAM*, n.º 44, pp. 119-125, México, UNAM.
- GOULD, Peter y Rodney WHITE (1992), *Mental maps*, Londres y Nueva York, Routledge.
- GRANGE, Juliette (1982), «Saint-Simon, premier théoricien de l'industrie» y «L'ange automate», *Culture Technique*, n.º 7, París, CRCT.
- GRUZINSKI, Serge (1988), *La colonisation de l'imaginaire: sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVIe-XVIIIe siècles*, París, Gallimard.
- (1999), *La pensée métisse*, París, Fayard.
- GUTIÉRREZ MENDOZA, Gerardo (2003), «Estructura territorial y urbanismo en Mesoamérica: los casos huasteco y mixteco-tlapaneco-nahua», en: William T. Sanders, Guadalupe Mastache Alba y Robert H. Cobean (eds.), *El urbanismo en Mesoamérica*, México/University Park, PA, INAH/Pennsylvania State University.
- HABER, Wolfgang (1995), «Concept, Origin and Meaning of Landscape», en: Bernd von Droste, Herald Plachter y Mechtild Rössler, *Cultural Landscapes of Universal Value*, Stuttgart/Nueva York, Gustav Fischer/UNESCO, pp. 38-40.
- HACYAN, Shahen (1999), *El descubrimiento del universo*, México, FCE.
- HÄGERSTRAND, Torsten (1970), «What about People in Regional Science?», *Papers of the Regional Science Association*, vol. 24, pp. 7-21.
- HAGGET, Peter (1965), «Locational Analysis in Human Geography», en: Michael J. Dear y Steven Flusty, *The spaces of postmodernity, readings in Human Geography*, Oxford, UK/Massachusetts, USA, Blackwell, pp. 22-36.
- HALBWACHS, Maurice (1968), *La mémoire collective*, París, Presses Universitaires de France.
- HARVEY, David (1969), *Explanation in geography*, Londres, Edward Arnold.
- HARVEY, Francis (2003), «Knowledge and Geography's Technology-Politics, Ontologies, Representation in the changing ways we know», en: Kay Anderson *et alii* (eds.), *Handbook of Cultural Geography*, Londres, Sage Publications.
- HETTNER, Alfred (1983), «Contemporary Geography», en: Gary S. Dunbar (ed.), *The history of geography. Translations of some French and German essays*, Malibú, Undena Publications, pp. 58-72.
- HEYDEN, Doris (1981) «Caves, Gods and Myths: World-View and Planning in Teotihuacan», en: Elizabeth P. Benson (ed.), *Mesoamerican sites and Worldviews: A Conference at Dumbarton Oaks, October 16th and 17th, 1976*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Trustees for Washington D.C., Harvard University.
- HICKS, Frederic, (1982), «Tetzaco in the early 16th century: the state, the city, and the calpolli», *American anthropology*, vol. 9, n.º 2, pp. 230-249.
- HILL, Jonathan D. (ed.) (1996), *History, Power, and Identity. Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992*, University of Iowa Press.
- HINCHLIFFE, Steve (2003), «Inhabiting-Landscapes and natures», en: Kay Anderson, Mona Domosh, Steve Pile y Nigel Thrift (eds.), *Handbook of Cultural Geography*, Londres, Sage Publications, pp. 207-225.
- HUGILL, Peter J. y Kenneth E. FOOTE (1994), en: Kenneth E. Foote *et alii* (eds.), *Re-reading Cultural Geography*, Austin, University of Texas Press, pp. 9-23.
- HUMBOLDT, Alexander von (2000 [1845-1862]), *Cosmos. Essai d'une description physique du Monde*. París, Utz.
- ILLICH, Iván (1990), *El género vernáculo*, México, Joaquín Mortiz, Planeta.
- JACKSON, Peter (1995), *Maps of Meaning: An Introduction to Cultural Geography*, Londres y Nueva York, Routledge.

- JOHNSTON, R.J. (1997), *Geography and Geographers: Anglo-American Human Geography since 1945*, Londres, Arnold.
- KOSTOF, Spiro (1995), *A history of architecture: Settings and Rituals*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press.
- KUHN, T.S. (1993), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE.
- LACOSTE, Yves (1977), *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona, Anagrama.
- (1988), «Braudel géographe», en: Maurice Aymard *et alii*, *Lire, Braudel?*, París, La Découverte, pp. 171-218.
- LATOUR, Bruno (1995), *La science en action*, París, Gallimard.
- LEAKEY, Richard (1993), *La formación de la humanidad*, Barcelona, ediciones Serbal/RBA editores.
- LEVINAS, Marcelo Leonardo (2000), *Las imágenes del universo. Una historia de las ideas del cosmos*, Buenos Aires, FCE.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1955), *Tristes tropiques*, París, Librairie Plon.
- LICATE, Jack A. (1980), «The forms of Aztec territorial organization», *Geoscience and man*, vol. XXI, pp. 27-45.
- LOCKHART, James (1991), *Nahuas and Spaniards: Postconquest Central Mexican History and Philology*, Latin American Center Publications, Stanford University Press, UCLA.
- (1999), *Los nahuas después de la conquista. Historia social de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, México, FCE.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (1989), *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, t. I, México, UNAM.
- (1999), *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE.
- LÓPEZ LEVI, Liliana (1999), *Centros comerciales: espacios que navegan entre la realidad y la ficción*, México, Editorial Nuestro tiempo.
- (2003), «Geografía cultural y posmodernidad. Nuevas realidades, nuevas metodologías», en: Patricia Olivera E. (coord.), *Espacio geográfico, epistemología y diversidad*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- LOZANO CASTRO, Alfredo (1991), *Quito, ciudad milenaria, forma y símbolo*, Quito, Abya-Yala/ Centro de investigación urbana y arquitectura andina.
- LUGO HUBP, José (2004), *El relieve de la Tierra y otras sorpresas*, México, FCE.
- LUNA GARCÍA, Antonio (1999), «¿Qué hay de nuevo en la geografía cultural?», *Documents d' Anàlisi Geogràfica*, n.º 34, pp. 69-80.
- LYNCH, Kevin (1974), *La imagen de la ciudad*, Buenos Aires, Ediciones Infinito.
- MAGALONI, Diana (2003), «Visualizing the Nahua/Christian Dialogue: Images of the Conquest in Sahagún's Florentine Codex and their Sources», en: John F. Scwaler (ed.), *Sahagún at 500. Essays on the Quincentenary of the Birth of fr. Bernardino de Sahagún*, Berkeley, California, Academy of American Franciscan History.
- MALINOWSKI, Bronislaw (1973 [1922]), *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Península.
- MATLESS, David (2003), «Introduction: The Properties of Landscape», en: Kay Anderson *et alii*, *Handbook of Cultural Geography*, Londres-Thousand Oaks-Nueva Delhi, Sage Publications, pp. 227-232.
- MAYHEW, Susan y Anne PENNY (1992), *The concise Oxford Dictionary of Geography*, Nueva York, Oxford University Press.
- MEYNER, André (1969), *Histoire de la pensée géographique en France*, París, Presses Universitaires de France.
- MITCHELL, Donald (2000), *Cultural Geography: A Critical Introduction*, Blackwell.
- MOLINA, fray Alonso de (2001), *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, México, Porrúa.

- MONCADA MAYA, José Omar (2003), *El nacimiento de una disciplina: la geografía en México (siglos XVI a XIX)*, México, Instituto de Geografía, UNAM.
- MONK, Abraham (1964), «Su provincia fue el mundo... La contribución de Franz Boas a la Antropología Cultural», en: Franz Boas, *Cuestiones fundamentales de Antropología Cultural*, Buenos Aires, Solar, pp. 7-15.
- MONK, Janice (1992), «Gender in the landscape: expressions of power and meaning», en: Kay Anderson y Fay Gale (eds.), *Inventing Places: Studies in Cultural Geography*, Melbourne, Longman Cheshire, pp. 123-138.
- MONTES DE OCA VEGA, Mercedes, Dominique RABY, Salvador REYES EQUIGUAS y Adam T. SELLEN (2003), *Cartografía de tradición hispanoindígena I, mapas de mercedes de tierras, siglos XVI y XVII*, México, UNAM, AGN.
- MUNDY, Barbara E. (1996), *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- NORTON, William (2000), *Cultural geography: themes, concepts, analyses*, Oxford University Press.
- NUTTALL, Zelia (1970 [1900]), *The Fundamental Principles of Old and New World Civilizations: a Comparative Research Based on a Study of the Ancient Mexican Religious, Sociological and Calendrical Systems*, Cambridge, Mass., Archeological and Ethnological Papers of the Peabody Museum, Harvard University, vol. II, Kraus Reprint Co.
- O'HARA, Sarah (1993), «Historical evidence of fluctuations in the level of the lake Pátzcuaro, Michoacán, México over the last 600 years», *The geographical journal*, vol. 159, n.º 1, pp. 51-62.
- OLWIG, Kenneth R. (1995), «Recovering the Substantive Nature of Landscape», *Annals of the Association of American Geographers*, 86(4), pp. 630-653.
- PÉREZ RUIZ, Maya Lorena (2003), «El estudio de las relaciones interétnicas en la antropología mexicana», en: José Valenzuela Arce, *Los estudios culturales en México*, México, FCE, pp. 116-207.
- PICON, Antoine (1998), *La ville territoire des cyborgs*, Les éditions de l'imprimeur.
- PINI, Giuseppe (1992), «L'interaction spatiale», en: Antoine Bailly, Robert Ferras y Denise Pumain (dirs.), *Encyclopédie de Géographie*, París, Economica, pp. 557-576.
- PLACHTER, Harald *et alii* (1995), «Cultural Landscapes: Reconnecting Culture and Nature», en: Bernard von Droste, *Cultural Landscapes of Universal Value*, Stuttgart-Nueva York, UNESCO, Gustav Fischer Verlag Jena, pp. 15-18.
- PRED, Allan (1990), *Lost Words and Lost Worlds. Modernity and Language in Everyday Life in Late Nineteenth Century Stockholm*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RAMÍREZ RUIZ, Marcelo (2002), «Yucunduta: pueblo, montaña y agua en pinturas mixtecas del siglo XVI y principios del XVII», en: *Simposio sobre cambio cultural en el México del siglo XVI*, Universidad de Viena/Instituto austriaco para América Latina.
- (2005), «Territorialidad, pintura y paisaje en el pueblo de indios», en: Federico Fernández Christlieb y Ángel Julián García Zambrano (coords.), *Territorialidad y paisaje en el altépetl del siglo XVI*, México, Instituto de Geografía UNAM, FCE (en prensa).
- RATZEL, Friedrich (1878), *Aus Mexiko. Reiseskizzen aus den Jahren 1874 un 1875*, Breslau, J.U. Kern's Verlag.
- (1987), *Géographie Politique*, París, Fayard.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1992), *Diccionario de la lengua española*, Madrid, RAE.
- REYES GARCÍA, Cayetano (2000 [1976]), *El altépetl, origen y desarrollo. Construcción de la identidad regional náuatl*, México, El Colegio de Michoacán.
- ROBINS, Wayne J. (1999), «Indígenas guaraníes y ecotonos acuáticos-terrestres en el Paraguay oriental», *Estudios sobre historia y ambiente en América 1*, México, El Colegio de México.
- ROMERO CONTRERAS, Alejandro Tonatiuh (2001), «Origen y desarrollo de la geografía cultural», en: Alejandro Tonatiuh Romero Contreras (comp.), *Espacio geográfico*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.

- RUCINQUE, Héctor F. (1990), «Carl O. Sauer: geógrafo y maestro *par excellence*», *Trimestre Geográfico*, Bogotá, n.º 14, 3-19.
- RUFFIÉ, Jacques (1983), *De la biologie à la culture*, 2 vols., París, Flammarion.
- SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco (1990), *La liturgia del espacio*, Madrid, Nerea.
- SANDERS, William T. (1981 [1956]), «The Central Mexican Symbiotic Region: a Study in Prehistoric Settlement Patterns», en Gordon R. Willey (ed.), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Westport, Connecticut, Greenwood Press.
- SANTOS, Milton (1990), «O período técnico-científico e os estudos geográficos», *Geografia, Revista do Departamento de Geografia da U.S.P.*, São Paulo, n.º 4.
- SAUER, Carl O. (1925), «The Morphology of Landscape», en: *Land and Life: a Selection from the Writings of Carl Ortwin Sauer*, Berkeley, University of California Press.
- (1970), *Agricultural origins and dispersals. The domestication of animals and Foodstuffs*, Cambridge y Londres, The M.I.T. Press.
- (1982), «La geografía cultural», en: Josefina Gómez Mendoza *et alii*, *El pensamiento geográfico*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 349-355.
- (1995), «La morfología del paisaje», en: Joaquín Bosque Maurel y Francisco Ortega Alva, *Comentario de textos geográficos (historia y crítica del pensamiento geográfico)*, Barcelona, Oikos-Tau, pp. 91-96.
- SCHROEDER, Susan (1991), *Chimalpahin and the Kingdoms of Chalco*, Tucson, The University of Arizona Press.
- SHINAI (2004), *Aquí vivimos bien, Kameti notimaigzi aka: territorio y uso de recursos de los pueblos indígenas de la reserva Kugapakori Nahua*, Lima.
- SHURMER-SMITH, Pamela (2002), *Doing Cultural Geography*, Londres, Sage Publications.
- SOJA, Edward (2001), *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*, Londres-Nueva York, Verso.
- y Barbara HOOPER (2002), «The space that difference makes: some notes on the geographical margins of the new cultural politics», en: Michael J. Dear y Steven Flusty, *The spaces of postmodernity, readings in Human Geography*, Oxford, UK/Massachusetts, USA, Blackwell, pp. 378-389.
- SPETH, William W. (1999), *How it Came to Be. Carl O. Sauer, Franz Boas and the Meanings of Anthropogeography*, Ellensburg, Washington, Ephemera Press.
- ŠPRAJC, Ivan (2001), *Orientaciones astronómicas en la arquitectura prehispánica del centro de México*, México, INAH.
- STENGERS, Isabelle (1995), *L'invention des sciences modernes*, París, Flammarion.
- STODDART, David R. (1988), *On Geography and its History*, Norwich, Blackwell.
- SULLIVAN, John (1996), «La congregación como tecnología disciplinaria en el siglo XVI», sobretiro de: *Estudios de Historia Novohispana*, vol. XVI, México, UNAM.
- (1999), «Un diálogo sobre la congregación en Tlaxcala», *Colonial Latin American review*, vol. 8, n.º 1, Taylor & Francis group, pp. 35-59.
- TEJERA GAONA, Héctor (2002), *La antropología*, México, CNCA.
- TROCHET, Jean-René (1998), *Géographie Historique. Hommes et territoires dans les sociétés traditionnelles*, París, Nathan.
- VALLE, Perla (1994), *Estudio del Códice de Tepetlaoztoc (códice Kingsborough)*. Estado de México, Toluca.
- VALLEGA, Adalberto (2001), «Geography of diversity—The 21st Century Challenge», en: José Luis Palacio Prieto y María Teresa Sánchez Salazar (eds.), *Geografía para el tercer milenio*, México, Instituto de Geografía, UNAM, pp. 17-36.
- (2003), *Geografia culturale, luoghi, spazi, simboli*, UTET librería.
- VAN ZANTWIJK, Rudolf (1976), «La organización de la México-Tenochtitlan naciente», en: *Memorias del Congreso Internacional de Americanistas, 1974*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- VARENIO, Bernhard (1980), *Geografía general en la que se explican las propiedades generales de la Tierra*, Barcelona, Ediciones de la Universidad de Barcelona.
- VELÁZQUEZ, Alejandro, Alejandro TORRES y Gerardo BOCCO (comps.) (2003), *Las enseñanzas de San Juan, investigación participativa para el manejo integral de recursos naturales*, México, INE-SEMARNAT.
- VIDAL DE LA BLACHE, Paul (1994), *Tableau de la géographie de la France*, París, Éditions de la Table Ronde.
- WAGNER, Hermann (1983), «The history of the methodology of geography as science», en: Gary S. Dunbar (ed.), *The history of geography. Translations of some French and German essays*, Malibú, Undena Publications, pp. 49-57.
- WINKLER PRINS, Antoinette M.G.A. y Narciso BARRERA-BASSOLS (2004), «Latin American ethnopedology: a vision of its past, present, and future», *Agriculture and Human Values*, verano.
- WITHERICK, Michael *et alii* (2001), *A modern dictionary of geography*, Oxford University Press, Arnold.
- WOOD, Stephanie (1991), «The Cosmic Conquest: Late Colonial Views of the Sword and Cross in Central Mexican Títulos», *Ethnohistory*, vol. 38, n.º 2.